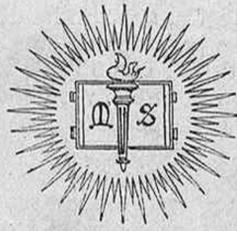


La Ilustración Artística



AÑO XIX

BARCELONA 8 DE ENERO DE 1900

Núm. 941



EL ABANDERADO, cuadro de Antonio Fabrés

(Salón Robira, Fernando VII, Barcelona)

SUMARIO

Texto.—*Crónicas de la Exposición de París*, por Juan B. Enseñat. — *¡Sello de sangre!*, por M. Martínez Barriónuevo. — *Los novios de la vitrina (cuento de Año Nuevo)*, por Alejandro Larrubiera. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *El obstáculo*, novela por Mad. Daniela d'Arthez, con ilustraciones de Marchetti. — *Edmundo Van Hove*, por A. García Llansó. — *La luna y la corta de los árboles*, por Enrique de Parville. — Libros recibidos.

Grabados.— *El abandonado*, cuadro de Antonio Fabrés. — Dos grabados de Azpiazu que ilustran el artículo *¡Sello de sangre!* — *Enero*, alegoría de Alejandro de Riquer. — *El general lord Roberts.* — *Guerra anglo-boer. Conducción de heridos a Ladysmith*, dibujo de H. M. Paget. — *Llegada de los heridos ingleses a Cape Town*, dibujo de F. de Haenen. — *Día de exámenes*, cuadro de F. Bergamini. — *Apertura de la Puerta Santa en la Basílica de San Pedro*, cuadro de Pío Colivadino. — *Carlos Lamoureux.* — *Retrato del pintor Edmundo Van Hove.* — *Un sabio. Mater amabilis*, cuadros de E. Van Hove. — *Un alto*, cuadro de Cusachs y Vancells.

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

Lo que debe ser una Exposición Universal en este momento histórico. — Estudio comparativo de las grandes Exposiciones. — Dos centenarios. — Clasificación de productos. — Palacios simbólicos. — Rápido progreso de las Exposiciones Universales de París. — Las seis partes de la Exposición de 1900.

En nuestra crónica anterior, artículo preliminar del estudio que en esta serie hemos emprendido, explicamos brevemente nuestros propósitos y nuestro plan, presumiendo el espectáculo que París va a ofrecer al mundo durante la próxima Exposición.

En esta segunda crónica, procediendo con orden suficiente para evitar la confusión, pero con bastante libertad para que ninguna traba metódica dificulte la expansión del pensamiento, iremos examinando este gran concurso universal desde el punto de vista filosófico, estableciendo los términos de comparación que ofrece la historia de las grandes Exposiciones.

Sólo de un estudio comparativo de esta naturaleza se puede deducir si la Exposición de 1900 es lo que debe ser en este momento histórico.

¿Y qué debe ser una gran Exposición Universal en este fin de siglo?

Pues debe ser — y no hablamos *ex cathedra*, sino que interpretamos la opinión general — una manifestación solemne del genio de los pueblos que a ella concurren, un término de comparación entre los diferentes progresos universales y una fiesta grandiosa.

Pues bien: á juzgar por lo que ya conocemos del plan general, de las obras en ejecución y del funcionamiento de todos los organismos de este concurso, la Exposición vendrá á ser una especie de instantánea de la humanidad, fotografiada en el momento de pasar de un siglo á otro, bajo todas sus fases; instantánea, en verdad, no tomada de repente y por sorpresa, sino prevista, preparada durante ocho años, con todas las precauciones necesarias para que, en el momento oportuno, no falte nada de lo que pueda contribuir al buen efecto de la prueba.

La idea, esa imponderable directora general que preside á la concepción de toda obra é inspira su ejecución, ha sido, en la Exposición presente, distinta de la que dominó en las anteriores.

En la Exposición de 1855, la idea se confundió con la obra misma, pues la internacionalidad de un concurso universal era entonces una innovación. En la de 1867, la idea se desprende de la obra para inspirar su plan; es la lógica geométrica de clasificación. En 1878, la idea es pasiva, pues consiste en la proclamación de la vitalidad francesa después del desastre del año terrible, y se contenta con ser modestamente una ampliación algo modificada de la anterior. Pero en 1889, la vemos surgir independiente y altiva. Es el triunfo del hierro y la exaltación de la ingeniería civil.

De 1878 á 1889, la metalurgia había marchado á pasos de gigante. Sus conquistas se imponían en el ánimo de todo el mundo. Los ingenieros triunfaban en todas partes, hasta en la novela y en el teatro, donde monopolizaban los papeles de protagonista. Testimonio de todo ello son la Galería de máquinas y la Torre Eiffel, que subsisten en 1900, como monumentos simbólicos de una inolvidable victoria pacífica.

Y la idea *directriz* del triunfo del hierro fué tan poderosa en la Exposición de 1889, que relegó al segundo término la idea *adyacente*, que era la del Centenario de la Revolución, arrinconada, si así cabe decirlo, en la reconstitución de la antigua Bastilla.

Y es que el éxito acompaña á las ideas que se imponen, porque se hallan en el medio ambiente, ya sea que se desprendan del estado de la ciencia ó del arte, ya sea que respondan á alguna evocación histórica. Toda idea que no vaya unida á la corriente del momento, es generalmente infecunda. Prueba de esto es lo que sucedió con la Exposición de Chicago. Los yanquis la organizaron sin más objeto que el de asombrar al mundo con su grandiosidad. Y como

la idea de grandiosidad es una idea vaga, de orden general, sin conexión determinada con ninguna época, ciencia ó arte, ni con ningún estado de ánimo especial de las masas, la gigantesca empresa de Chicago fué un fracaso monumental.

La idea de la actual supera, en precisión y belleza, todo cuanto se había imaginado hasta ahora. Por esto, en buena lógica, su éxito ha de ser también superior á todos los precedentes.

Esta idea es doble, como la de 1889, y es, como aquélla, de orden científico y de orden histórico.

Examinémosla, desde luego, desde este último punto de vista.

1889 era un centenario, pero un centenario político y de carácter particularmente francés, á pesar de la resonancia y expansión universal de la Revolución.

El centenario de 1900 no tiene más límites que el siglo, puesto que es el centenario del siglo mismo. Pertenece por igual á todas las razas y á todos los pueblos del mundo. Su horizonte es inmenso.

La idea práctica de esta Exposición consiste en trazar, por medio de ejemplos tangibles, la historia de los progresos del siglo en todos los ramos de la actividad humana.

La idea histórica del actual concurso se manifiesta en toda la vasta organización del mismo, en cada grupo y en cada clase de la disposición de productos, tanto si se trata de artes, ciencias é industrias, cuanto si se trata de contingencias intelectuales.

Desde este punto de vista, la Exposición de 1900 es una lección de cosas de orden ilimitado, muy difícil de superar en lo sucesivo; una enseñanza universal, precisa y fecunda.

La idea científica, que se impone como fuerza directriz por las razones anteriormente expuestas, emana de la serie de prodigios con que las ciencias todas han revolucionado el mundo en las postrimerías de nuestro siglo. Pero en el orden de milagros científicos, los más sorprendentes y admirables son los de la electricidad. Esta hada presentará la Exposición como una magia deslumbradora, transformando las tinieblas de ayer en un resplandor triunfal.

La idea-luz, si así puede llamarse, reclama al artista, como la idea-hierro imponía al ingeniero. De modo que la fiesta de 1900 pertenece al arquitecto y al adornista, como la de once años atrás fué del dominio de los ingenieros civiles.

Con lo dicho, creemos que nuestros lectores habrán formado un concepto bastante claro de las ideas generadoras de esta Exposición. Digamos ahora, acerca de la clasificación adoptada, lo indispensable para que pueda comprenderse el orden de exhibición de objetos y productos.

No hay más que dos métodos verdaderamente racionales de clasificar y disponer los productos en una Exposición. Uno de ellos consiste en reunir los objetos de una región, de una colectividad ó de un expositor. Este método tiene la ventaja de poner bien en evidencia el conjunto de las fuerzas productivas de la comarca, del grupo ó de la casa que expone. Pero, llevado á la exageración, cesa de obedecer á toda idea filosófica y hace casi imposible la comparación de los objetos similares.

El otro método consiste en agrupar los productos según su naturaleza, su destino ó su utilidad, prescindiendo de su origen. Este facilita los estudios comparativos, los parangones entre los diversos países y productores, respecto á determinadas categorías de objetos. Es incontestablemente más instructivo y más cómodo para el público, y es el que ha prevalecido en la inmensa mayoría de las exposiciones.

La mejor manera de satisfacer á todo el mundo es aliar ambos métodos, como se hizo admirablemente en 1867. El gigantesco palacio de esta Exposición estuvo dividido en zonas concéntricas destinadas á los grupos de los productos similares de todos los pueblos, y en sectores radiados, cada uno de los cuales estaba consagrado á una nación. De modo que yendo del centro á la periferia, por uno de los sectores, se veían sucesivamente y en un orden constante todas las instalaciones de un mismo país; y siguiendo cualquiera de las galerías circulares, se veían los mismos productos de todos los pueblos.

En 1878, aunque las formas rectilíneas se prestasen á ello mucho menos, se procuró llegar al mismo orden de agrupaciones, colocando á lo largo todas las clases de un mismo grupo, y á lo ancho todos los grupos de un mismo país.

En 1889 se tuvo el mal acuerdo de abandonar esta forma de agrupación. Bien es verdad que las circunstancias se prestaban poco á ella.

Al extenderse por los muelles de la margen izquierda del Sena y por la Explanada de los Inválidos, la Exposición del Centenario de la Revolución quiso, á falta de unidad, acercarse demasiado al principio de clasificación de 1867. Hubo vaguedades en

la distribución de clases dentro de los grupos, y anomalías tan enormes como la de incluir las armas en el grupo del vestido; la higiene, la asistencia pública y el arte militar en el grupo de la mecánica; la orfebrería separada de la joyería; la cordelería distribuída entre las minas, la mecánica y la navegación.

En la Exposición actual se ha tomado como base, ó mejor dicho, como punto de partida, la clasificación de 1889, pero muy modificada, en el sentido de la idea generalizadora dominante.

En todas partes veremos el material — casi siempre en acción — y los procedimientos en contacto con los productos; junto á los productos y procedimientos modernos, los de las principales etapas del siglo XIX, y nos será fácil comparar y apreciar los progresos realizados. En todos los ramos de la actividad humana, hallaremos la enseñanza de las cosas completa, eminentemente útil y atractiva.

Esta clasificación se divide en diez y ocho grupos y ciento veintiuna clases. Los grupos son: 1.º Educación y enseñanza. — 2.º Obras de arte. — 3.º Instrumentos y procedimientos generales de las letras, de las ciencias y de las artes. — 4.º Material y procedimientos generales de la mecánica. — 5.º Electricidad. — 6.º Ingeniería civil, medios de transporte. — 7.º Agricultura. — 8.º Horticultura y arboricultura. — 9.º Montes, caza, pesca, cosechas. — 10.º Alimentos. — 11.º Minas, metalurgia. — 12.º Adorno y mobiliario de los edificios públicos y de las habitaciones. — 13.º Hilos, tejidos, vestidos. — 14.º Industria química. — 15.º Industrias diversas. — 16.º Economía social, higiene, asistencia pública. — 17.º Colonización. — 18.º Ejércitos de tierra y de mar.

En cuanto á los palacios destinados á estos grupos, va muy adelantada su construcción, y algunos de ellos se hallan ya casi terminados.

La Administración ha impuesto á los arquitectos la obligación de levantar edificios que simbolicen, por su aspecto y decorado, la naturaleza de los objetos que han de albergar. Esta exigencia les ha obligado á realizar verdaderos prodigios de arte.

Antes de examinar la disposición general de estos palacios y las condiciones particulares de cada uno de ellos, vamos á recordar algunos datos, que demuestran cuán rápido es en todos sentidos el progreso de las Exposiciones Universales de París.

La de 1855 ocupaba 168.000 metros cuadrados, de los cuales había 117.000 cubiertos de edificios; recibió 5.162.000 visitantes; costó 11.500.000 francos y no produjo más que 3.200.000.

La de 1867 ocupó una superficie de 687.800 metros cuadrados, con edificios que cubrían 166.000; costó 23.440.000 francos y fué visitada por 11 millones de personas, que proporcionaron un ingreso de 26.257.000 francos.

En cambio, la de 1878 se cerró con un déficit de de cerca de 32 millones, pues costó 55.400.000 francos y sólo tuvo 16 millones de visitantes, que pudieron pasearse muy holgados en un área de 750.000 metros cuadrados, con edificios que cubrían una superficie de 28 hectáreas. Es de advertir, sin embargo, que en este déficit va comprendido el importe del palacio del Trocadero, que subsiste convertido en museo etnográfico y de reproducciones, independientemente de su inmensa sala de conciertos, poco menos que inservible por sus malas condiciones acústicas.

La Exposición de 1889 ocupó 96 hectáreas, con edificios que cubrían 29; costó 40 millones; la visitaron 32.350.000 personas y produjo 50 millones de francos.

Si mal no recordamos, la Exposición Universal de Barcelona costó 11 millones de pesetas, incluso el coste de muchas obras permanentes, y fué visitada por 1.227.000 personas que proporcionaron un ingreso de 2.337.000 pesetas. El déficit fué insignificante, comparado con el de casi todas las Exposiciones de Europa y América, algunas de las cuales han liquidado con cerca de 50 millones de pérdida. Pero está probado que, en todas partes, lo que pierde la Exposición lo gana con creces el país.

París espera que la de 1900 continuará la feliz tradición de 1867 y 1889, á pesar de que los gastos, que aún no pueden precisarse, se elevarán á una cantidad fabulosa — á unos 100 millones seguramente.

La Exposición ocupará una superficie de 108 hectáreas, sin contar los anejos del bosque de Vincennes, y estará dividida en seis partes: Campos Elíseos, Explanada de los Inválidos, Ribazo derecho del Sena, Ribazo izquierdo, Campo de Marte y Trocadero.

En nuestra próxima crónica empezaremos por los Campos Elíseos una excursión á través de las obras que simultáneamente y con toda actividad se llevan á cabo en todo el recinto de la Exposición que en breve ha de ofrecer tantas maravillas.



Las mozueltas con sus faldas almidonadas, envuelto el busto artísticamente en el pañolillo de crespón, sonríen á los mocitos

¡SELLO DE SANGRE!

La Carmencilla no durmió en toda la noche. ¡Sueño! Eso quería ella; un sueño largo, muy largo, para no despertar nunca, acostada allí, en el fondo de la tierra, si no era feliz con su Paquiro. ¿Quién se lo impedía, vamos á ver? ¿Pepa la de la Rinconá? ¿Y quién era Pepa la de la Rinconá? Un mal corazón, ya lo sabía Carmen. Pepa había tenido sus más y sus menos con Paco... Pero aquellas cosas, ¿qué tenían que ver con el cariño bueno y puro de Paco y Carmencilla?

No pudo dormir. Pensaba en todo aquello, en Paco, en Pepa la de la Rinconá, en Mecha... ¡Era horrible! ¿Cómo querer á Mecha, si quería á Paco, si lo quería desde que tuvo ella uso de razón, desde que empezó á hablar, desde que empezó á comprender? Porque Paquiro y ella se habían criado juntos siendo vecinos, viviendo en una misma casa, viéndose, hablándose, queriéndose siempre.

¡Válgame Dios! Pero Mecha era un mal hombre. Tan mal hombre, como Pepa mala mujer. ¡Luego dicen que Dios los cría y ellos se juntan! ¿Por qué no se habían juntado Pepilla y Mecha, y por qué no se habían casado, y por qué no la dejaban á ella en paz con su Paquiro? ¡Sí, horrible, horrible!

Pero Pepa la de la Rinconá, aquella mujerona hermosísima, con treinta años como treinta tempestades, había ido á vivir también al corral donde ellos vivían. Paco era un mozalejo, y Pepilla se enamoró de él, le aturdió, le mareó, le deslumbró. Paco dejó de pensar en su Carmen, y ella, la Carmen, había estado á punto de volverse loca. Era mucha, muchísima mujer Pepilla la de la Rinconá.

Pepa tenía su ángel malo; este ángel malo era Mecha. ¿Qué no serían capaces de hacer, por celos, aquellos dos demonios cuando supiesen que la Carmencilla y Paco iban á casarse?

Cuando Paco le afirmó que Pepa la de la Rinconá fue una pesadilla que él había tenido, y que él lo que quería era el cariño de su Carmen de oro, la Carmencilla vió el cielo abierto; cuando Paco lo repitió y añadió que se casaba en cuanto ella quisiera, el cielo se abrió más todavía, y vió en aquel cielo, de pronto, tantas cosas buenas, que el corazón se le hinchaba..., se le hinchaba de felicidad, y estuvo á punto de ahogarse. ¡Lo que lloró la Carmencilla! Pero no, era demasiado; no lo quería creer. Paco, para convencerla, le había dicho:

— Que sí, mi Carmencilla, que mañana hay fiesta en el Corral de la Mosca, donde vive Felipa, tu amiga, y donde vive Percales, la amiga de Pepa la de la

Rinconá, y donde irá Pepa, y donde irás tú, y donde iré yo, para que vean todos, y Pepa también, y para que lo veas tú, que la palabra es palabra y que tu novio soy y que mi mujer serás, porque Dios quiere y porque queremos nosotros, y te lo sellaré con sangre si es preciso.

— A la Carmencilla le dió el corazón un vuelco; aquella era una felicidad demasiado grande para no querer disfrutarla. ¡Que lo vieran todos, sí! ¿Qué más querría Carmencilla entonces? ¡Que vieran su triunfo! Su cuerpo nervioso y fino estremecíase de impaciencia.

A la tardecita siguiente se encerró en su cuarto y vistióse de gala. Iría al corral con su abuelito, aquel viejecillo alegre, honra y prez de los herreros de Triana. Sí, era herrero y lo pasaban bien. Hubo una época en que la Carmencilla vendió flores; su gentileza, su seriedad, atraían al comprador; dejó el oficio porque tiene sus escollos; cigarrera tampoco quiso ser; además, el abuelito trabajaba mucho, tenía sus ahorros... ¡Era el abuelo tan buenazo! Se quedó en la casa cuidando del abuelito, risueña, feliz, con una sola nube que la pudiese turbar: el recuerdo de Paquiro.

Concluyó su tocado y bajó al taller. ¡Vaya un mérito el de toda su personilla! Bajaba por la escalera negruzca como un torrente de luz. ¡Virgen! El abuelo la miró como loco. Nunca había visto brillar el hierro caldeado como aquel mundo de resplandores que por la escalera bajaba. Bronquita, el aprendiz, quedó mirándola también, con aire contrito, como contempla el fiel, en el altar, al santo de su devoción; y hasta Canelo, el perrillo de Bronquita, aquel tuante de Canelo, que sabía más que siete, soltó un ladrido con mucha gracia, que pareció decir:

— ¡Esto sí que es superior, jinojo!

La impaciencia la consumía; ahogábala la fiebre; aquel calor de la fiebre puso en su blanco rostro animación extraña que sorprendía. No era su falda, graciosa, de percal, ni su mantón fino, llevado airosamente, como lo lleva la mujer del pueblo andaluz; no era su pelo brillante, adornado de flores, ni sus pies diminutos, calzados primorosamente, ni sus dedos, cuajados de sortijas, como los de las Vírgenes de las iglesias; no era todo esto, gracioso, limpio, señorial, lo que cautivaba; era otra cosa sin explicación; no estaba en sus ojos, ni en su boca, ni en su talle... ¡Ah, demonio de Pepilla! Sólo Pepilla con su bravo cuerpo de leona, hubiera podido competir con aquella radiante y delicada figura... Porque debo decirlo; Pepilla la de la Rinconá no era una mujer; era un abismo, de cuyo fondo, por contraste singular,

brotaba luz, como de los abismos de la tierra brota sombríamente la llama del volcán.

Llegaron al corral. ¡Qué barullo, gran Dios! El casero discute con un vecino tramposo; una mujer lava en un rincón; otra cose junto á su puerta; otras se peinan, sentadas en el suelo; la de más acá grita á su chiquillo; la de más allá canturrea; los muchachos corren ó brincan; los viejos discuten ó fuman, tendidos junto á las paredes; las mozueltas, con sus faldas almidonadas, envuelto el busto artísticamente en el pañolillo de crespón, sonríen á los mocitos, ó cuchichean muy bajo lo que sólo Dios y ellos saben. Felipa, la amiga de Carmen, termina el acicalado de sus hermanillos, sentada en un pedrusco; Percales, la amiga de Pepa la de la Rinconá, habla á Requito lo que no puede decirse; Requito, un señor muy feo y muy serio, retrepado en una silla rota, rasca un guitarrucho, y sin respeto á lo que Percales habla, vomita á los aires una copla para él solo, que parece salir de una garganta de barro, hecha tiestos.

Cuando llegó la Carmencilla, salía Pepa la de la Rinconá del cuarto de Percales. Adelantándose Carmen, se había metido entre un grupo de mozueltas; vió á su rival, pero fué saludando á las mozueltas como si no la hubiese visto. Pepa habíase quedado parada bruscamente, sin disimular en aquel momento su ira. ¡Aquello solo hacía comprender lo que amaba á Paco! Carmencilla estaba radiante, risueña; brotaba la vida de sus ojos, como del cielo brota la luz; se fué para Felipa, y la besó ruidosamente; se fué á Percales, la amiga de su rival, y tuvo para ella un halago; así prosiguió, con una frase feliz, con un dicho agudo, con una caricia para cada una, sin desconcertarse, con tranquilidad, con el mismo aire de confianza y reposo con que una reina de la moda está en un salón, rodeada de admiradores. Acaso las mujeres, ¿no son en todas partes lo mismo? De pronto, se lanzó á Pepilla de un salto, y pegando á ella su cuerpecito, como para escupirle en la boca el virus desde más cerca, le echó los brazos al cuello, la besó y dijo palpitante:

— ¡Ay, Pepa, perdona, que no te había visto, hija!

La voz de Pepa, que entrecortada, como no pudiendo mover la lengua con facilidad, aquella lengua naufrago perdido en el torrente de maldiciones que á la boca le subía para caer como diluvio de fango en el alma de Carmen, sólo dijo:

— Sí que te sorprenderás... Como tú no sabes que yo vengo aquí mucho, por eso no te acordabas.

Y no sabía al hablar esto si la estaba abrazando también, ó estaba ahogándola; no se sabe cómo no le hundió los dos puños cerrados en el pecho, allí,

donde estuvieran los pulmones, para partírselos y que no respirase más. Fué á hablar... Iba á abrir la horrorosa compuerta para que todo el fango de la lava volcase, y no supo qué misterioso poder logró contra su voluntad que se mantuviese la lengua inmóvil. ¿Fué quizás el asombro que le produjo la mirada de reto que Carmen le lanzó, teniéndola cogida aún entre sus brazos, juntas las bocas, juntos los ojos, clavándose las dos mutuamente la mirada en el corazón, como desnudos aceros, afilados por el dolor y por la cólera encendidos? ¡Ay, el sentimiento único, cuando la tuvo tan cerca, fué ya el de una envidia amarguísima ante aquel rostro fresco, lozano, de piel tersa y fina, aquellos labios encendidos, aquellos ojos negros que chispeaban, y aquella esbeltez y todo el vigor y la dulzura de aquel conjunto, en que naturaleza pródiga derrochó sus galas! ¡Los treinta años de Pepilla parecieron protestar allí, con misterioso, recóndito grito, contra aquel botón de clavé, apenas entreabierto!

Irguióse brava y se aprestó á la lucha; como si presintiera el juego de Carmen, en él siguió, abrazándola y besándola también, amorosamente, placentera la faz, muriendo de dolor y coraje; en sus grandes ojos de leona enferma, aquellos ojos cansados, adormecidos por vigiliadas de amor, ardió un rayo de fiebre misteriosa, chispa fugaz, como en los ojos del agonizante.

Requinto salió entonces con la ocurrencia de dar un artístico golpe en el guitarra; cierto zangón echó al aire una copla, excelsa hermana de aquel rasgueo del guitarrillo, que rasgaba la carne; y con el guitarra, con la copla, con el gritar, con las risas, con el barullo jactancioso de la andaluza grey, nadie hizo ya caso de Carmen ni Pepilla, ni del grupo que las rodeaba, ni oía nadie tampoco, á no ser las del grupo, la voz de Carmen, aquella voz dulce y alegre que hablaba así, como para justificar los besos y abrazos que entre las dos cambiáronse.

— ¿Quién, ésta? Si yo la conozco desde chica. ¡Tan guapa siempre!

Y cogía las manos de Pepa, sonriéndola, mimándola.

— Así era yo de grande...

Y se inclinaba para señalar con la mano á la altura de la rodilla.

— ¡Qué..., si ni siquiera sabía andar! Ya ven ustedes; y ésta se llevaba de calle á medio mundo con la gracia suya... Parece que fué ayer... Digo, y hace ya doce años... ¡Como que yo voy á tener dieciocho! ¡Ay, Jesús, pero si soy ya una vieja!

Pepilla la miraba sonriendo. ¡Ah, qué garganta tan hermosa tenía Carmen, y qué á propósito para cogerla bien..., y apretar..., apretar cuidadosamente, con mucho cuidado, hasta que Carmen no respirase, ni hablara..., no, no, ni hablar tampoco! ¡Ay, Dios santo! ¡Entonces sí que Carmen no podría decir otra vez en aquel dulce tono que Pepilla era vieja! Pepilla miraba el cuello de su rival, y clavaba allí los ojos, como si sus ojos hubiesen sido sus manos.

Cogió la cabeza de Carmen con aquellas manos finas, blancas, las bajó hasta el cuello, las tuvo allí jugueteando, acariciadoras, dulces, como dos flores unidas á un tronco alabastrino.

— Vaya, mujé, decíale en tanto, con su temible deo andaluz, ¿conque has venido á la fiesta?

— Por darle gusto á Paco, respondió Carmen con un delicioso airecillo de candidez.

Y dirigiéndose á las otras, añadió de pronto, como valvulilla fantástica que se abre para producir la muerte:

— ¡Buen personaje está Paco!.. ¡Venga porte y lucimiento! Cuando éramos así, chiquitillos..., aquí está Pepa que lo sabe y puede contarlo... ¡Como que era ya una mujer!.. Pues entonces, cuando éramos así, andábamos siempre juntos. Mi abuelo me lo regañó muchísimo. «¡Que es un haragán! ¡Que no trabaja! ¡Que no estudia!» Yo, como si no; ya se ve, ¡los muchachos! Pero luego, cuando ya fuimos grandes, la cosa se puso más seria todavía; para que vean ustedes; y cuando más seria estaba, ¡me salió con una historia!.. En fin, ya pasó. ¡No quiero acordarme!

— Pero ¿tú le quieres?, preguntó Pepa como si agonizara.

— Pues lo que es yo, la verdad... ¿Por qué decir que no?

Y Carmen reía como un ángel.

— Pero ¿y la historia que decías?

— Esas son basuras, repuso Carmen riéndose de

aquel modo dulce. Con mi querer nada más, pongo yo á Paco puro como el fuego.

Sintiéronse gritos en la calle, y allá fueron algunas mujeres. Pepilla, con la marejada que hubo, sin que nadie la oyera, dijo entonces á Carmen, como escupiéndole toda su rabia en los ojos:

— ¡Mira, le mataré primero!

Carmen soltó una carcajada; caíase el mantón y



Mecha saltaba como un tigre...

se lo quitó para arreglárselo; lo cernió en el aire de un modo, para unir las dos puntas, que no parecía mantón; parecía el percal cuando se le presenta al bicho en la arena, y exclamó risueñamente con un dejo de gloria:

— ¡Ay, mujer, te llevarán á la cárcel!

— ¿Tú no lo crees?, rugió Pepilla. Bueno, anda... Pero oye lo que te digo; Felipa le contó á Percales que veníais Paco y tú; Percales me lo contó á mí; yo no lo creía... Por si acaso, avisé á Mecha, que también vendrá.

Carmen lanzó un grito de horror. Se abrió un grupo de hembras entonces en el mismo zaguán, y brotaron de allí, hacia el patio, Bronquita y Canelo. Los dos estaban sofocadísimo.

— ¿Qué pasa?, preguntó Felipa anhelante.

— ¡Osté no sabe! Mecha..., ¿eh?., el señó Mecha y el señó Paco... Güeno; el señó Paco le quitó el cuchillo al señó Mecha, que estaba esperándole en la esquina, y le dió una tunda..., ¡una tunda!..

Bronquita no podía respirar. Canelo daba saltos alrededor suyo, como diciendo á cada salto: «Sí, señor, ¡una tunda!»

Avalanzáronse en esto Carmen y Pepilla. No se sabe si fué Bronca ó Canelo quien lo acabó de contar. «Mecha se echó sobre Paquiro con un puñal levantado. Paquiro no tenía armas, pero le quitó el puñal, lo tiró, despreció á Mecha y se puso á hablar luego con unos amigos; se venía ya para el corral, cuando Mecha le salió al paso otra vez; llevaba un cuchillo largo..., largo...» No acabaron de oír las mujeres; lanzáronse todas á la calle.

En el corral hubo un clamoreo horrendo, y en la calle oíanse voces y cerrar de puertas. Las mujeres se escondían en sus salas, ó borbotaban por la puerta del corral á la calle, como río sin dique, en busca del marido, del hermano, del padre; otras contuvieron al abuelo de Carmencilla; los balcones estaban llenos de vecinos; en la calle había algunos pocos, á gran distancia de Mecha y Paco. Puedo decir á quien amigo sea de pormenores, que estaban en la embocadura misma de la calle de Febo. Mecha saltaba como un tigre, buscando con la pavorosa hoja el cuerpo de Paquiro; Paquiro rehufaba el cuerpo con destreza; estaba desarmado: á cada viaje de Mecha, se veía á Paquiro encogerse ó saltar, y Mecha rugía furioso, porque erró el golpe; una de las veces, hurtó el cuerpo Paquiro con tal serenidad y de tan diestro

modo que tuvo tiempo para dar á Mecha una bofetada que retumbó como un tiro en toda la calle. De los balcones salieron gritos de elogio. La gran bofetada hizo girar á Mecha y no le volcó milagrosamente.

Fué cuando salieron Felipa y Percales, Carmen y Pepilla la de la Rinconá. Felipa se fué para Mecha, colgándose de él, con dientes y uñas, para sujetarle; Carmencilla habíase lanzado á Paquiro y se abrazó á él, escudándole con su cuerpo; Paquiro dió media vuelta, sin poderse soltar. — ¡Paco! ¡Paco! — gritaba ella, desgarradamente. Mecha avanzó, arrastrando á Felipa, que rugía como una leona, mordiéndole, atenazándole, enredándose, hasta sentirse allí crujir de huesos. ¡El fenómeno mas curioso en estas escenas tempestuosas de los barrios andaluces, es la bravura con que las mujeres se ponen entre los cuchillos, para evitar la catástrofe! En este horroroso segundo, Pepilla, caído el mantón, desbandado el cabello, golpeándose y arrancándose túrdigas de su hermosísimo rostro de pantera, gritó, con formidable rugido:

— ¡Mátalo, Mecha, mátalo!

Un clamor inmenso salió de todos los corazones. Mecha pudo desprenderse de Felipa, que quedó tendida en el arroyo; antes que Paquiro se soltase de Carmen, se le echó Mecha encima. Corrió á Paco todo el mundo sin valor para favorecerle antes, y no fué ya tiempo. ¡La fatal hoja habíase hundido en la espalda del mozo! Cayó Paco á tierra, arrastrando á Carmen en su caída; y á la última luz de la tarde, era un singularísimo espectáculo, muy común por lo demás en los barrios andaluces, el de la multitud agrupándose alrededor de la víctima, mientras el asesino escapaba, sin que se supiese por dónde. Pugnaba Felipa por levantarse. Requinto ensanchaba el círculo, empujando con el guitarra, para que no pisasen á Paco. Carmen cayó junto á él; quedó allí como muerta; su limpia falda, su mantón gris, sus manos, hasta los claveles y las rosas, adorno de su cabeza, todo estaba empapado en la sangre del hombre. Canelo lamía tristemente una mano de Carmen. Por un lado oíase el plañir de Bronquita; por otro el del abuelito; en todas partes rumor de comentarios, como eco sin fin, de río que se desborda, y destacándose entre aquellos rumores, el quejido pavoroso de Canelo, aquel quejido, que entraba en el corazón, rasgando la carne, y las risotadas, no menos pavorosas de Pepa la de la Rinconá, que seguía golpeándose el rostro y mesándose los cabellos, y gritando cavernosamente, entre el convulso reír:

— ¡Mátalo, Mecha, mátalo!

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

Ilustraciones de Azpiazu.

LOS NOVIOS DE LA VITRINA

(CUENTO DE AÑO NUEVO)

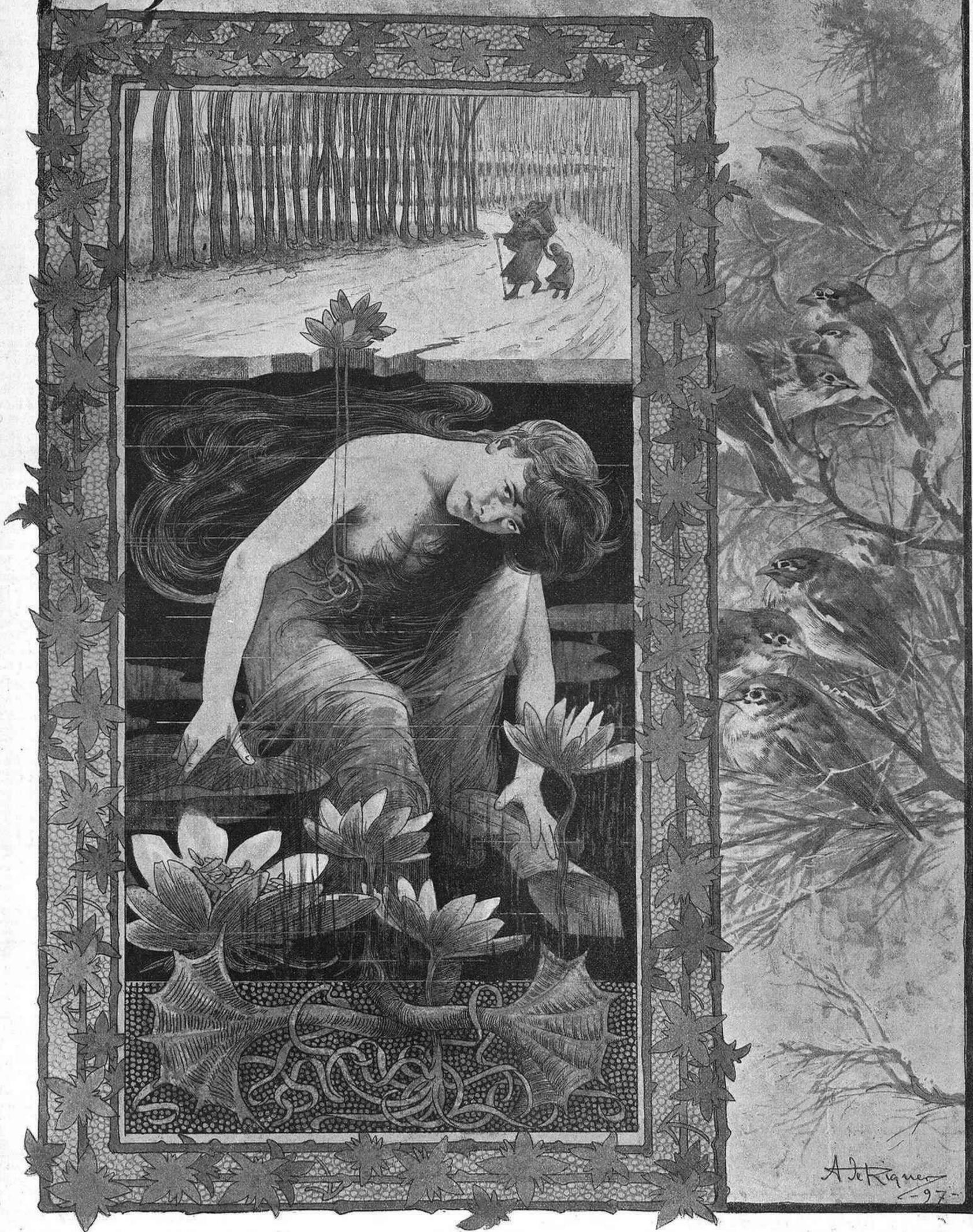
Por la claraboya de cristales del almacén de juguetes filtrábase un rayo de luna.

Su luz alumbraba las vitrinas del centro: los armarios adosados á las paredes del bazar veíanse envueltos en penumbra.

Las estanterías tenían un no sé qué fantástico, algo de galería de cementerio por cuyos nichos asomaban figuras liliputienses vestidas con trajes raros y vistosos: en una parte un pelotón de «bebés» en camiseta, con los brazos extendidos, con sus caritas rosadas y gordinflonas, sus grandes ojos de cristal siempre abiertos y la eterna sonrisa en los labios; en otro sitio, un caprichoso grupo formado de muñecas lujosamente prendidas, payasos, arlequines, amas de cría, mefistófeles; en una tabla, un campamento con tiendas de campaña hechas de cartulina, con soldados de plomo en posición heroica de ataque, todos lo mismo con una uniformidad abrumadora, los cañoncitos de cobre amenazando destruir un castillo almenado de corcho y á sus torreones asomados unos cuantos artilleros; metidos en una caja, soldados de infantería recortados en hojadelata y sirviéndoles de sostén unos redondelitos de madera; más allá..., pero no continuo: valdría tanto como inventariar el almacén.

A la luz de la luna veíase sobre el cristal que servía de cubierta á una de las vitrinas centrales á unos muñecos: él, guapito, con los bigotes retorcidos, en-

JANUARIUS



ENERO, alegoría de Alejandro de Riquer

sortijado el cabello, la cara sonriente, bajo el brazo el *chaque* é irreprochablemente llevada la ropa de etiqueta; *ella*, rubia con ojos azules, cara de novia, es decir, de circunstancias entre asombrada y satisfecha, un traje de raso blanco y descendiendo del artístico peinado un velo de encaje: al pecho, un ramo de azahar.

El cortejo que seguía á estos novios era un tanto abigarrado: manolas y majas, un cervecero de goma con una panza enorme y una cara estúpida, cocheros, señoritos silbadores, y lo que es aún más extraordinario, un clown con una peluca rubia formando su pelo un tupé monumental, una blusa de seda azul lo mismo que los calzones anchísimos y bordado en aquel sitio menos decoroso del individuo un sol muriéndose de risa imbécil.

Pues señor, que el silencio de muerte que reinaba en el amplio local fué interrumpido por doce campanadas que armoniosamente vibraron en uno de los múltiples relojes que pendían de la pared.

Resonaba aún la última campanada y en el antes tranquilo bazar zumbó un ruido análogo al que producirían numerosas lengüetas de metal azotadas por un viento fortísimo.

Eran los señores muñecos que al despertar comunicábanse en su lenguaje especialísimo sus impresiones: que también los muñecos hablan como cualquier hijo de vecino.

Los que estaban encerrados en los armarios golpeaban con sus manitas las puertas de cristales como si quisieran romper éstos para salir de su encierro; los que se encontraban en las estanterías, aun á trueque de caer á tierra, asomábanse al borde de los tableros; los de los escaparates empujaban á la desesperada las cristalinarias paredes, y todos repetían con loco entusiasmo:

— ¡Año nuevo!.. ¡Año nuevo!..

Los *bebés*, alarmados por aquel griterío, rompieron á llorar amargamente, los borreguitos lanzaron un lastimoso *bee*, un polichinela que llevaba colgado un bombo galpeó furioso el parche, otro hizo chocar los platillos clavados á sus manos, los muñecos de un estante reían como locos, dos borriquitos abrieron sus bocas y excuso decirlo lo agradable de su canto; un tigre de Bengala, un león del desierto, un jaguar, un lobo, una hiena y un orangután reclusos en una *menagerie* de á tres duros improvisaron un sexteto terrible por lo horrisono; una pasieguita golpeaba las teclas de un piano, y una cocinera francesa se apoderó del manubrio de una cajita de música, volteándole con rapidez inusitada; los señoritos silbadores soltaron su cantata: en una palabra, en el bazar resonó un concierto estruendoso, delirante, si concierto puede decirse de una conjunción de voces, gritos, carcajadas, silbidos, rebuznos, rugidos, sonar de pianos, toques de campanas, sacudir de cascabeles, murmullos, todos los ruidos imaginables.

— ¡Año nuevo! ¡Año nuevo!, seguían gritando los muñecos.

Entre aquel estruendo los novios de la vitrina comenzaron á hablarse en voz baja.

Tenían muy juntas sus caritas y se estrechaban las manos fuertemente.

El hombrecito del *chaque* suspiró.

— ¡Cuándo nos veremos libres de tanta gentuza para consagrarnos á nuestro amor!

— Muy pronto: el día que nos casemos, replicó *ella*.

Y envolvió con sus ojos de cristal azul á su prometido.

— Pero tarda mucho en llegar ese día... Más de tres meses hace que tú y yo estamos sobre esta vitrina esperando que alguna mamá ó papá caprichoso y con dinero nos saque de este aborrecido bazar, y ya ves: ha llegado año nuevo y estamos lo mismo que en el viejo... El día en que nos compren será el de nuestra felicidad, porque no hemos de encontrar por esos mundos de Dios ningún muñeco de los que nos rodean y que nos obligan á ti y á mí, por el qué dirán, á permanecer siempre de pie, con cara de risa, vestidos de etiqueta y más espantados que ese pobre arlequín que tiene atravesado el cuerpo con una goma. ¡Si no estuviésemos tan descaradamente expuestos á la luz de la luna!.. ¡Qué deseos tengo de que nos lleven!..

— Sí, pero donde vayamos también habrá gente...

— ¡Psh! Si es como la que de continuo viene á vi-

sitarnos puedes estar tranquila: esa no entiende nuestros amores, es más, no los sospecha siquiera.

— Pero habrá niños...

— ¡Inocentes! Esos no saben lo que es amor.

— ¡Bien mío, qué felicidad nos aguarda!

— Espero que al empezar el año la disfrutaremos.

El clown del sol muriéndose de risa corta el diálogo de los novios.

— ¿Habéis oído?, les dice. ¡Ya estamos en año nuevo!.. ¡Bah!.. ¡Qué cara tenéis! ¡Cuidado que sois idiotas en tomar las cosas de este mundo en serio! ¡Imítadme á mí... ¿Veis si he hecho payasadas el año último? Pues en el que empieza aumentaré mis desmanes, mis carcajadas, me reiré de todo... El mundo hay que tomarlo como es en sí: un sainete divertidísimo. ¡Ea! ¡Mirad qué salto mortal de mi invención doy esta noche. ¡A la una!.. ¡A las dos!.. ¡Y á las!..

El clown da un salto graciosísimo: los novios de la vitrina olvidan por un momento sus pesares y gozan lo indecible con la cabriola de su amigo.



EL GENERAL LORD ROBERTS,
recientemente nombrado general en jefe del ejército inglés del Africa del Sur

El cervecero de goma gruñe para su escandaloso abdomen:

— ¡Bonita manera de empezar el año!.. ¿No podrían estos majaderos estarse callados y dejarme echar un sueñecito?.. Porque no sé yo por qué regla de tres ha de tener nadie derecho para incomodar al prójimo...

Uno de los señoritos silbantes á su compañero:

— ¡Si vieras, chico, lo que me alegro de que entre nos en otro año! A ver si en este se le ocurre á nuestro inventor cambiarnos la sonata.

— ¿Y para qué?.. De todas maneras nuestra misión es la de silbar.

— ¡Claro que sí! Pero ya estoy aburrido de silbar lo mismo á todas horas.

Los cocheros, animados por el bullicio, entablan otro diálogo.

— Yo, dice el uno, estoy deseando que me lleven á aquel estante, el segundo de la derecha. ¡Hay en él una pasieguita tan mona!.. ¡Y me mira de un modo!

— Pero ¿y si no te llevan?..

— ¡Ya lo creo! ¿No ves que á primero de año arreglarán los armarios y nos retirarán á nosotros de aquí?..

— Pues mira, por lo que á mí toca, sentiría que me mudasen, porque, aquí, en secreto, estoy enamorado, pero no como tú, de un ama de cría: he puesto mis miras más en alto.

— ¿Sí?.. ¿Quién?..

— ¿Ves á esa señorita?..

— ¿Cuál?.. ¿La novia?..

— La misma.

— Pero ¿estás en tu juicio?.. ¿No sabes que se va á casar?..

— Sí, y precisamente por lo mismo la quiero más.

Las majas y las manolas sentadas sobre el cristal cuchichean; también tienen esperanzas de que en el año nuevo han de verse cumplidos sus ensueños de ventura.

El ruido en el bazar es insoportable.

De pronto todos los muñecos enmudecen, quedan quietos, espantados, ¡hasta los inquilinos de la *menagerie* tiemblan!..

Ocurre una cosa espeluznante.

Un ratón corre por los pasos de alfombra abiertos entre las vitrinas; detrás sigue un gato negro que bufa desesperado por no poder atrapar al fugitivo.

El ratón trepa por unos cachivaches colocados al pie de la vitrina, salta á ésta y la atraviesa como una exhalación: los novios gritan horrorizados, el cervecero pierde el equilibrio y da con su panza sobre el cristal, los señoritos silbadores se abrazan asustados, el clown se desternilla de risa al ver el cuadro.

El ratón, azorado, corre y corre; su enemigo parece dudar un momento: al fin se decide; enarca el cuerpo, bufa, da un salto y cae terrible sobre la vitrina, atropellando cuanto encuentra á su paso: produce la desolación...

Los muñecos caen al suelo: la novia, al dar con su cuerpo contra el pavimento del bazar, se rompe la cabeza de china en mil pedazos; el novio se perniquebra; el cervecero, gracias á su cuerpo elástico, se salva, da un bote sin otras consecuencias que la de hundírsele las narices; los señoritos silbadores caídos en el suelo ofrecen un espectáculo lastimoso, con el rostro cuarteado, sin monóculo, con un brazo de menos; una manola también yace malherida. ¡Una catástrofe horripilante iluminada por la luz de la luna que da á la escena un tinte fantástico.

Y el gato, furibundo al verse chasqueado por enemigo tan ridículo como un ratón, corre por todo el bazar bufando.

El clown sigue riendo y filosofa á su manera.

— ¡Para que tome uno las cosas en serio!.. ¿Quién les iba á decir á todos estos infelices que empezarían el año tan dramáticamente?.. ¡Esperanzas, ilusiones, anhelos, todo deshecho, desvanecido brutalmente por un mísero ratón que también quiso al empezar el año empezar vida nueva saliendo del escondrijo á gozar del mundo y de sus pompas vanas, sin acordarse, ¡infeliz!, de que en él había gatos! ¡Y mire usted por dónde demonios han venido á resultar víctimas esos pobrecillos muñecos que sólo pensaban en ser dichosos!

¡Año nuevo, vida nueva!..

Al oír esta frase, recuerdo la catástrofe del bazar de juguetes y á los desdichados novios de la vitrina, y repito con profunda convicción:

— ¡Año nuevo, vida nueva..., si nos deja el gato!..

ALEJANDRO LARRUBIERA

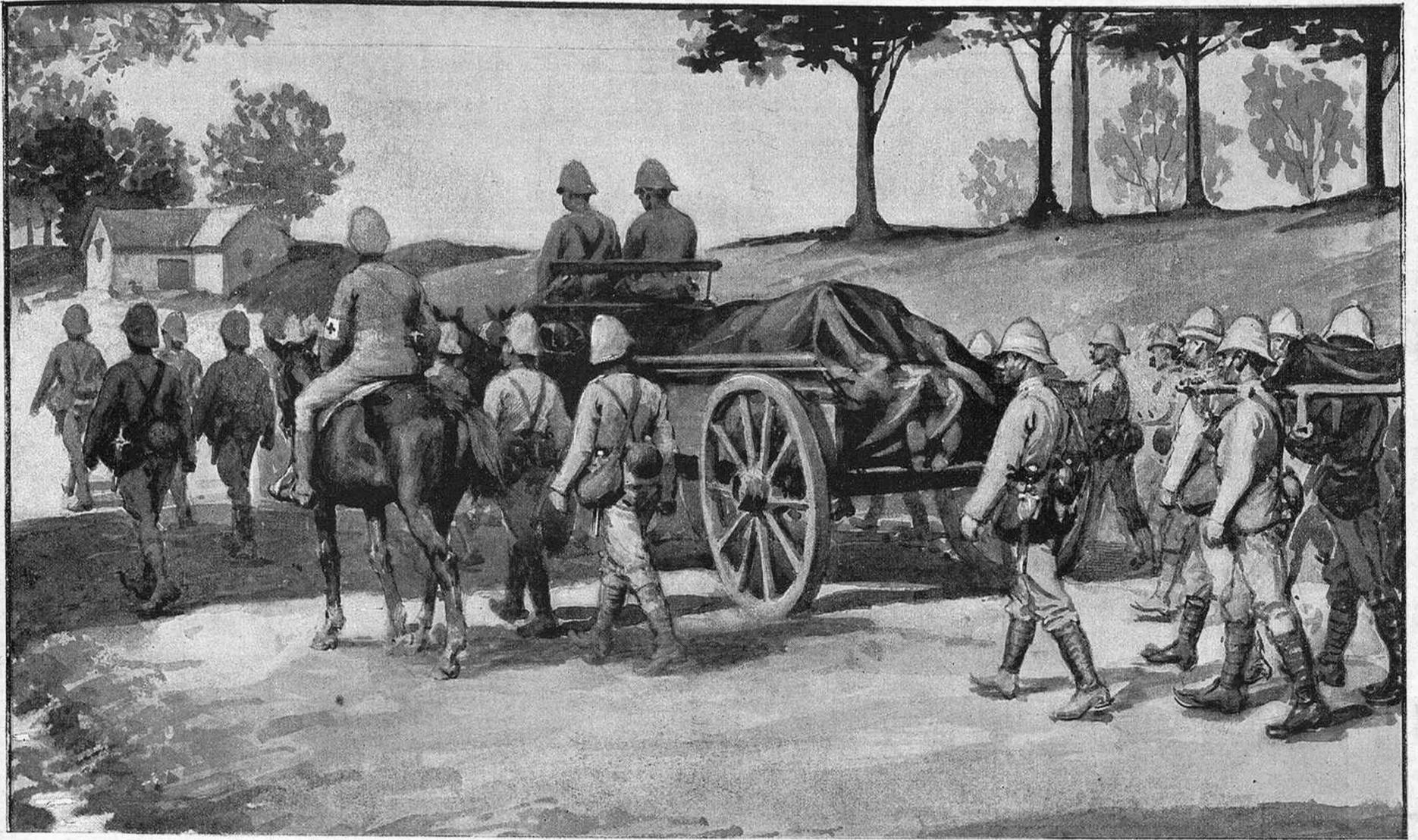
NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer.— Escasísimas son las noticias que del teatro de la guerra se han recibido en estos últimos días. En espera de mayores refuerzos, los ingleses han suspendido sus operaciones y los generales Buller, Methuen y Gatacre han recibido orden de retirarse respectivamente á Estcourt, al río Orange y á Queenstown, hasta que con la llegada del nuevo generalísimo lord Roberts y de las divisiones séptima y octava, que se están movilizando á toda prisa, pueda reunirse un ejército de 150.000 hombres y con él emprender un movimiento general de avance. Mas como para esto se necesita bastante tiempo, es inminente la rendición de las plazas de Ladysmith, Mafeking y Kimberley, que los boers siguen bombardeando y que á consecuencia de la retirada de las fuerzas de aquellos tres generales, han quedado abandonadas á sus propios recursos, que, dicho sea de paso, no deben ser ya muy considerables.

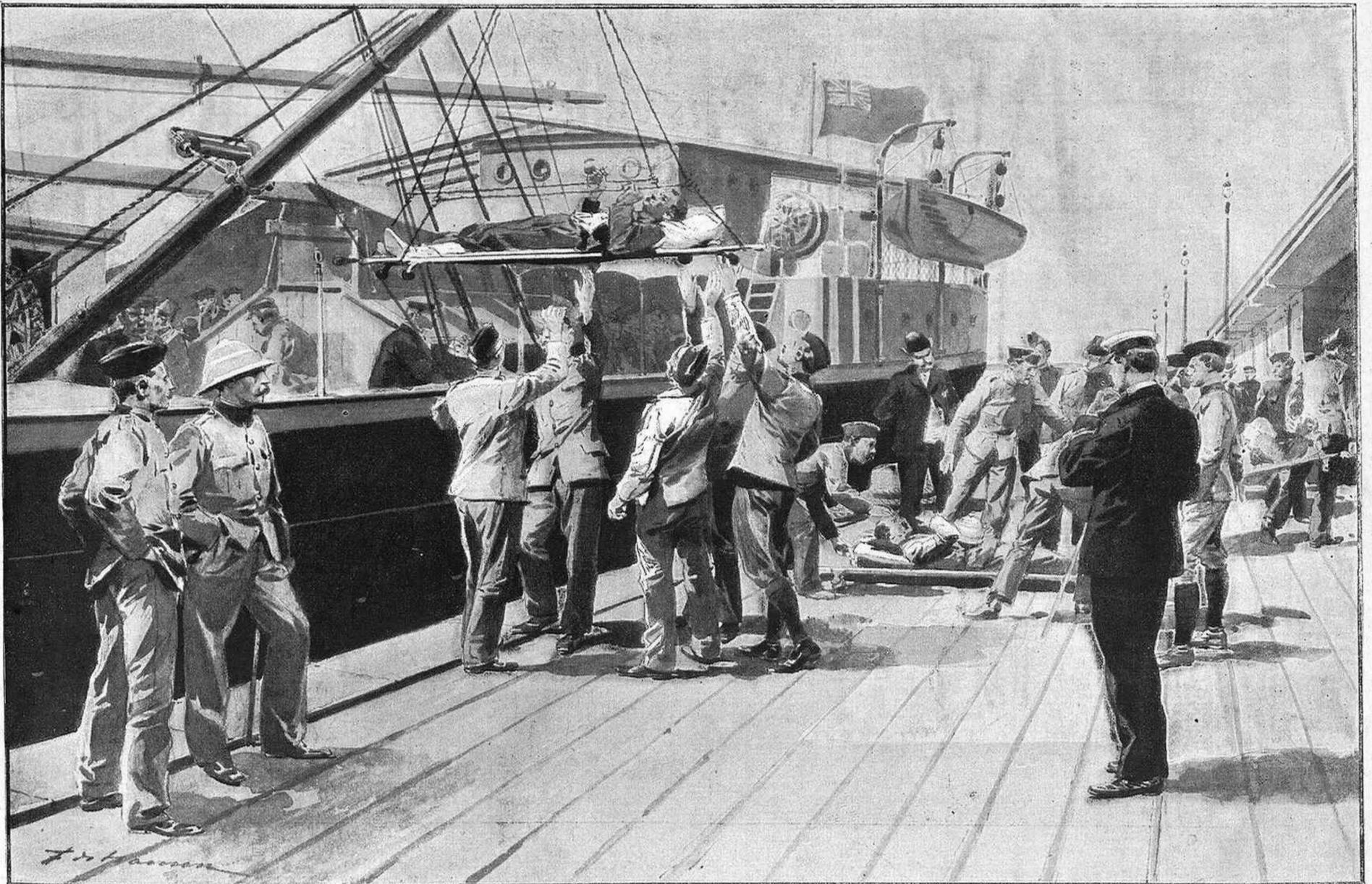
En Inglaterra y en sus colonias se está realizando un gran movimiento de defensa nacional y los parlamentos coloniales aprueban el envío de tropas al Africa del Sur. El ministerio de la guerra, previa consulta al general Lockhart, comandante en jefe del ejército de las Indias, ha dispuesto que un regimiento de caballería inglesa, una brigada de artillería y 2.000 hombres de caballería indígena salgan cuanto antes de Bombay para incorporarse á las fuerzas de Natal. Ha circulado, sin embargo, el rumor de que el envío de estos refuerzos había quedado en suspenso ante el temor de un levantamiento en la India.

Los afrikanders del Cabo siguen uniéndose á los boers, habiéndose visto obligado el general Gatacre á dictar órdenes severísimas para evitar una sublevación general en aquel territorio.

En el parte oficial del estado mayor boer sobre la batalla de Colenso, que así se denomina la del Tugela, hay un párrafo en que se consigna que el coronel francés Villebois-Mareuil y



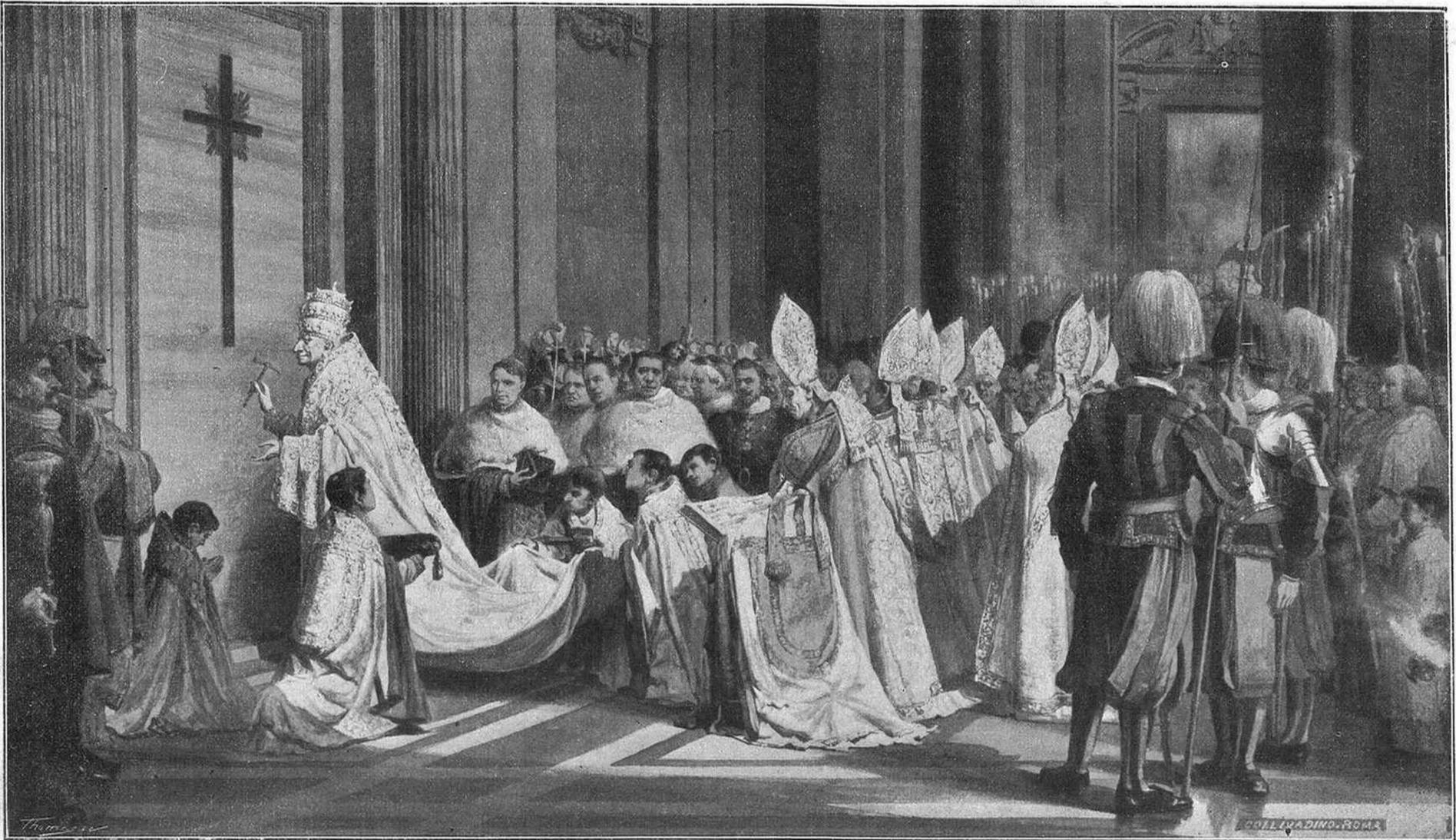
GUERRA ANGLO-BOER. - CONDUCCIÓN DE HERIDOS Á LADYSMITH DESPUÉS DE LA BATALLA DE 31 DE OCTUBRE ÚLTIMO, dibujo de H. M. Paget, tomado de una fotografía



GUERRA ANGLO-BOER. - LLEGADA DE LOS HERIDOS INGLESES Á CAPE TOWN, dibujo de F. de Haenen, tomado de una fotografía de E. Bruton, de Cape Town



DÍA DE EXÁMENES, CUADRO DE F. BERGAMINI, de fotografía de F. Hanfstaengl, de Munich



APERTURA DE LA PUERTA SANTA EN LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EL 24 DE DICIEMBRE ÚLTIMO POR S. S. LEÓN XIII, cuadro de Pío Colivadino

el coronel alemán Braun, que presenciaron aquella acción, han declarado que ningún ejército europeo se habría portado mejor que los boers. Y un oficial alemán que ha regresado recientemente del Transvaal ha dicho que los boers tienen una fe absoluta en su victoria definitiva y que su artillería es superior a la de los ingleses: en lo primero, su opinión coincide con la del hijo de lord Churchill, que, como recordarán nuestros lectores, fué hecho prisionero durante el ataque de un tren blindado y que recientemente ha logrado escaparse de Pretoria.

En una salida que hicieron el día 26 de diciembre último los sitiados de Mafeking, fué gravemente herido el hijo de lord Salisbury. Es una circunstancia digna de notarse en la presente guerra la de que los hijos de las más aristocráticas familias inglesas han puesto gran empeño en tomar parte en la campaña y en figurar en los puestos de mayor peligro, lo cual habla muy alto en pro de aquella oficialidad.

La prensa londinense, la misma que pidió á voz en grito la guerra anunciando que los ingleses pasarían las Navidades en

proximidad de aquel puerto á la frontera transvaalense. Entre tanto, Inglaterra trata de impedir á todo trance que los boers sigan aprovisionándose por aquella bahía, y á este efecto detiene cuantos buques le parecen sospechosos, lo cual le ha valido varias reclamaciones diplomáticas de parte de las potencias á que aquéllos pertenecen: los boers, en vista de esto, han declarado, según parece, que en el caso de que los ingleses consigan su intento, ellos alimentarán á los prisioneros con maíz.

El Consejo Municipal de Nueva York ha aprobado una proposición haciendo votos por el triunfo de los boers.

Apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, el día 24 de diciembre último, por S. S. León XIII, cuadro de Pío Colivadino.

— La solemnidad de la inauguración del Año Santo ha constituido en Roma un gran acontecimiento religioso, y especialmente para León XIII, que habrá experimentado viva emoción al presidir una solemne ceremonia que presenció en 1825, siendo una de las contadas personas que de aquel tiempo aún sobreviven.

El discreto pintor Sr. Colivadino ha tratado de reproducir en el lienzo la solemnidad á que nos referimos, eligiendo como asunto el momento en que el Papa golpea la Puerta Santa con un martillo de oro, que recibió de manos del gran penitenciaro, y á cuya invocación cae la referida puerta, impulsada por un ingenioso mecanismo, penetrando entonces S. S. en la Basílica, acompañado de la corte pontificia.

Tal es el tema en que se ha inspirado el joven pintor argentino, quien ha demostrado una vez más sus especiales aptitudes para el cultivo del arte y la justicia con que el gobierno de su país le concedió la pensión de que disfruta.

Carlos Lamoureux.—Este célebre director de orquesta, recientemente fallecido en París, había nacido en Burdeos en 1834. Su carrera musical fué de las más brillantes, marcándose las principales etapas de la misma en la dirección de la Opera, de la Opera Cómica y sobre todo en la de los famosos conciertos de su nombre por él organizados. El punto culminante de aquella ilustre existencia fué la representación de *Lohengrin* en el Eden-Theatre, punto de partida del triunfo, hoy definitivo, de las obras de Wagner en Francia, y la coronación de sus admirables esfuerzos artísticos ha sido la serie de representaciones de *Tristán e Isolda*, que ha terminado bajo su dirección en el Nuevo Teatro, casi en vísperas de su muerte, acaecida en 21 de diciembre último, cuatro días después de haber dirigido el último de sus grandes conciertos.

El abanderado, cuadro de Antonio Fabrés.— Después de seis años de ausencia de la madre patria, encuéntrese actualmente en Barcelona nuestro querido amigo y antiguo colaborador el notable artista Antonio Fabrés, quien definiendo á los deseos de sus muchos admiradores, ha organizado en el salón de D. Pedro Robira una exposición de algunas de sus últimas obras, entre las cuales figura el precioso lienzo que en el presente número reproducimos, verdadera joya por su habilísima ejecución, por la perfección de su dibujo y por la belleza de su colorido. Como en el número próximo reproduciremos varios de estos cuadros y tendremos entonces ocasión de ocuparnos más detenidamente del pintor que tan eminente puesto ha conquistado en el mundo del arte, nos limitamos hoy á dar á Fabrés la más cariñosa bienvenida y á tributarle una vez más nuestro entusiasta aplauso.

Enero, dibujo de Alejandro de Riquer.— En distintas ocasiones han podido apreciar nuestros lectores las bellísimas composiciones de Riquer, que hemos elogiado como se merecían. La que hoy publicamos en nada cede á las más primorosas obras producidas por el reputado artista, y por ende es digna de todas las alabanzas que tantas veces le hemos dedicado en estas columnas y que no repetimos, entre otras razones, porque Riquer ha llegado á esa altura tan codiciada por quienes para el público trabajan, en que el mejor encomio es el propio nombre puesto al pie de un cuadro ó de un dibujo.

Día de exámenes, cuadro de F. Bergamini.— El distinguido pintor italiano Bergamini, al reproducir esta escena de costumbres, ha demostrado un gran espíritu de observación: basta examinar los rostros y las actitudes de todos los personajes que en el cuadro figuran para comprender que están tomados del natural, pues no de otra suerte pueden pintarse con la verdad con que él lo ha hecho las distintas expresiones del bondadoso cura, de la niña que no acierta á responder á la pregunta que éste le hace, y de los compañeros y amigos de la que se examina, en cuyas caras se reflejan de una manera admirable los distintos sentimientos que animan á cada uno.

Un alto, cuadro de Cusachs y Vancells.— Si el nombre de cada uno de estos dos artistas es por sí solo garantía de la bondad de la obra por ellos firmada, ocioso es decir cuánto valdrá el cuadro en que los dos nombres aparecen juntos, como sucede en el que publicamos en la página 40. Cusachs domina, como es sabido, el género de pintura militar y tiene bien probados su perfecto conocimiento de cuanto con la vida militar se relaciona y su pericia para trasladar al lienzo los tipos y las escenas que tan admirablemente observa y con tanto cuidado estudia. Vancells es indiscutiblemente uno de nuestros primeros paisajistas, que siente como pocos la poesía de la naturaleza y tiene en su paleta los tonos más delicados para reproducirla en formas y colores tan verdaderos como bellos. En *Un alto* aparecen perfectamente marcadas las cualidades que á cada uno distinguen, y de la colaboración de ambos resulta un conjunto admirablemente armónico, sin la más pequeña disonancia que pueda acusar el menor antagonismo entre los dos autores que han sabido identificarse por completo el uno con el otro.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS.—El escultor Saint-Marceaux ha terminado el boceto del monumento á Alejandro Dumas: el ilustre dramaturgo está sentado escribiendo y en actitud de recibir las inspiraciones de las mujeres que cubiertas con largos velos se acercan á él y que representan las heroínas de sus obras.

Teatros.—En el teatro Carl-Weiss, de Berlín, se ha representado una traducción rusa del drama de D. Manuel Tamayo y Baus *La locura de amor*.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Principal, *Turbonada*, cuadro dramático en un acto de D. Modesto Urgell; en Romea, *La grossa*, monólogo de D. Narciso Oller; y en el Eldorado, *Portafolio de Eldorado*, revista en un acto del Sr. Molas y Casas, con música del maestro Cotó.



CARLOS LAMOUREUX, eminente director de orquesta francés, fallecido en París en 21 de diciembre último

Pretoria, ataca ahora duramente al ministro de la Guerra y califica de ineptos á los generales que hasta ahora han dirigido la campaña. Muchos son los que creen ver en esto una maniobra del ministro de las Colonias Mr. Chamberlain, para desviar la opinión pública y evitar que se dedique ahora á averiguar las verdaderas razones que le llevaron á emprender la lucha, pues teme que, enfrados los primeros entusiasmos á consecuencia de tantas derrotas, esta averiguación había de ser para él de resultados muy funestos. Si esta suposición es fundada, como parece muy probable, lord Lansdowne, que está al frente del *War Office*, puede estar satisfecho de su compañero de gabinete.

La cuestión de la bahía de Delagoa va revistiendo gran importancia: dícese que, en virtud de ciertos tratados entre Inglaterra, Alemania y Portugal, no tardará la primera de estas potencias en apoderarse de dicha bahía, con lo cual ganaría mucho la situación de los ingleses en el África del Sur por la

EL OBSTÁCULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ. —ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

María Magdalena, de pie en medio del salón, echó una ojeada á su alrededor, enderezó con sus afilados dedos las hojas en forma de abanico de una palmera, imprimió una curva graciosa á unos ramos de lilas de color de malva que salían de un tubo de loza china, y después de meditar un rato satisfecha, se volvió hacia el armario de luna colocado entre las dos ventanas. Acentuó su sonrisa.

El estrecho entrepaño reflejaba la graciosa figura de una mujer bajita, elegante, una belleza rubia de tez mate, ojos brillantes, labios encarnados y dientes blanquísimos. De este conjunto se desprendía una exuberancia de vida, una alegría de existir, un júbilo de ser; sus ojos parecían reflejar la radiante luz de un día de mayo; en ellos destellaban puntos de oro como vivientes lentejuelas...

Sonrióse graciosa y silenciosamente mirándose al espejo, dirigió á su imagen un amistoso ademán con la cabeza; luego hizo destellar, con suaves movimientos del busto, las cascadas de perlas que guarnecían su «tea gown» hecha de esas sedas inglesas de tintas pálidas, que tienen pliegues de una gracia estética...

María Magdalena era estética en su tocador, más que en el mueblaje de su salón.

Su tacto, refinado para la combinación de tonos y de formas que podían poner en relieve su fisonomía, no lo era tanto para la elección de las mil y una cosas que constituían un interior armonioso.

Algunos sillones antiguos cubiertos de forros bordados eran los únicos objetos interesantes; dos mesas de juego de marquetería demasiado nueva, relucían por todos sus dorados chillones y su estructura poco artística; había bronces de formas pesadas; en un ángulo un feo jarrón de falsa porcelana de Sajonia, y en las mesas, en las consolas, en la chimenea, un montón de increíbles chucherías, lozas y pequeñísimos barrocos, conejos pintados, ratones, cuévanos de filigrana... amontonamiento de un gusto vulgar.

Con todo, gracias á las flores y á las plantas verdes diseminadas por todas partes el conjunto era agradable, y aquel salón podía pasar por uno de los más elegantes de Montpazier, subprefectura industrial en donde se ocupan poco de los refinamientos del lujo moderno.

Al oír el sonido del timbre eléctrico, María Magdalena miró un reloj de viaje que había en una consola.

— ¡Ya!, dijo. ¡A las dos una visita!

Estaba aún poco al corriente de las costumbres de provincias; había salido de París hacía pocas semanas, inmediatamente después de su casamiento con Roberto Le Clercq, abogado de Montpazier, é inauguraba su día de recibo.

No conservaba de sus visitas de recién casada más que el recuerdo confuso de algunas caras desconocidas, de muchos salones sin lujo, y sobre todo del fastidio de haber tenido que contestar en todas partes á las mismas preguntas, á las cuales dió las mismas respuestas. De suerte que consideraba con cierto terror lo que iban á ser sus visitas. En su casa podía estudiarlas á su gusto y hacer una selección, dejando á un lado las más nulas y las más antipáticas.

La suegra de María Magdalena entró sin hacerse anunciar; era una señora vieja, de andar lento, de facciones pronunciadas y vestida de recia seda negra. Tenía el aspecto rígido, y se acercó á besar á la joven.

— Buenos días, María Magdalena. ¿Estás mejor, querida?

— ¿Mejor? ¿Acaso he estado enferma?

— ¿Pues no tuviste ayer una neuralgia?

— ¡Oh! Ya pasó...

Mad. Le Clercq vió las dos ventanas abiertas.

— ¡Qué imprudencia! ¡Y llevando un vestido tan ligero!

— Pero si le aseguro á usted que ya no tengo nada, dijo María Magdalena con acento suplicante, porque

— ¡Qué buena es usted, querida mamá!

Con una alegría infantil, María Magdalena abrió el abanico, y mirándose en un gran espejo puesto sobre la chimenea, tomó la actitud de una bailarina de minué, levantó con una mano su falda sobre su torneado pie, é hizo una reverencia elegante y prolongada.

— Me alegro muchísimo de tenerlo para ir al teatro mañana. Hacen *Manon*, ópera que me gusta en extremo.

— Es que no irás al teatro, hija mía, dijo Mad. Le Clercq con el tono de la más imperiosa mansedumbre... ¡Imposible!

María Magdalena se detuvo interrumpiendo otra reverencia y miró á su suegra.

— ¿Que no iré?

— No; sería una imprudencia salir de noche con esas neuralgias.

— Pero si ya no las tengo...

— Pero pueden repetirse... No, no insistas; me darías un verdadero disgusto. Tengo empeño en que no te pongas mala; soy responsable de tu salud. ¿Qué diría tu padre si cayeses enferma?

— Como no caeré enferma... y mi padre no se alarmaba por estas ligeras crisis nerviosas... Le aseguro á usted que jamás me ha prohibido nada. Ya conoce usted su respeto á la libertad de los demás. Acostumbra á decir: «Yo no impongo mi voluntad á nadie, pero también quiero que nadie coarte la mía.»

— Ese es un modo de hablar: si te viese enferma haría lo que yo hago, rogarte que te privaras de un pequeño recreo con tal de evitar una agravación...

— Habría deseado ver lo que es una función de ópera en Montpazier.

— Otra vez lo verás.

— ¿Cuándo? Aquí no hay temporada teatral; nada más que compañías errantes, de paso...

— No insistas, María Magdalena; siento mucho haberte desanimado, pero es un sacrificio muy pequeño, hija mía. Y si me quieres un poco, lo harás sin más discusión.

María Magdalena cerró el abanico malhumorada y lo dejó en una mesa sin volver á mirarlo.

Y prosiguió Mad. Le Clercq tomándole una mano y hablándole con mucha dulzura:

— Tengo también que hacerte una ligera crítica... He visto en casa de madame Lignière una cosa que me ha extrañado un poco.

— ¿Quién es Mad. Lignière?

— Una antigua amiga mía, viuda de un inspector de montes.

— ¡Ah, sí! No la conozco: no estaba en casa cuando Roberto y yo fuimos á visitarla.

— Justamente. Y le dejaste tu tarjeta.

— ¿No es esa la costumbre?

— Sí, pero he visto esa tarjeta: «Madame Le Clercq de Bois Saint-Marcel.»

María Magdalena se ruborizó un poco.

— Bois Saint-Marcel es el apellido de mi padre y quiero llevarlo.

— Pues me parece que la mujer debe adoptar el de su marido.

— Le he adoptado, pero no hay nada que impida agregar el mío. En las dinastías de comerciantes de Montpazier no faltan tampoco personas que sigan esta costumbre.

— Es verdad. En ciertas familias, muchos hermanos, para distinguirse unos de otros han añadido el apellido de su mujer al suyo; pero el caso no es el mismo.

— No, pero creo que mis razones son tan buenas como las tuyas.

— La gente lo atribuirá á vanidad por tu parte.

— No hay inconveniente en que lo atribuya, si mis convecinos entienden con eso que estoy orgullosa de mi apellido.



Sonrióse graciosa y silenciosamente mirándose al espejo

la anciana señora cerraba despiadadamente las ventanas, á pesar del radiante sol que inundaba el jardín, y se volvía hacia su nuera sin hacer caso de su disgusto.

Sentóse á su lado con aire de cariño.

— Estás hoy muy guapa, niña: ese traje te sienta á las mil maravillas. ¿Está aquí Roberto?

— No, está en la Audiencia... Hoy tiene que defender no sé qué causa... ¿Qué es esto?

Con los ojos brillantes de curiosidad, María Magdalena miraba cómo Mad. Le Clercq desataba las cintas de un paquete de forma prolongada... Lanzó una exclamación de alegría al ver en una caja incrustada de plata un precioso abanico antiguo, pintado en vitela y con varillaje de marfil labrado con delicadísimo arte.

— ¡Oh! ¿A Roberto se le ha ocurrido regalarme esto?

— No, hija mía, soy yo quien te lo regala. He notado el deseo que tenías de este abanico cuando lo viste en casa de Faucon, y en vista de esto lo he mandado traer.

— Las pretensiones aristocráticas pueden parecer ridículas.

— ¡A la gente de Montpazier!, interrumpió con viveza María Magdalena. ¿Y por qué le he de sacrificar mis ideas? ¡Orgullo aristocrático! Sí, lo confieso, lo tengo, pero con derecho, y siendo fundado, no puede ser ridículo.

Mad. Le Clercq miró á su nuera con cierta severidad. María Magdalena hizo un esfuerzo, recobró su graciosa sonrisa y cesó de defender su causa.

— He encargado otras tarjetas para ti, dijo amablemente la suegra levantándose para marcharse. Hasta la vista, nena. Vaya, que hoy estás muy bonita. Me parece que Fremaux te haría un retrato precioso... Ya lo veremos cuando vayamos juntas á París.

Al dirigirse á la puerta, Mad. Le Clercq vió en una consola una bombonera de marfil adornada de una miniatura.

— ¿Qué es esto?, preguntó.

La miniatura representaba un escudo de armas.

— Nuestras armas: el escudo de los de Bois Saint-Marcel lleva en campo azul un pal de oro con tres besantes de lo mismo.

— Es muy bonito, dijo Mad. Le Clercq guardándose la caja y dando un paso para salir.

María Magdalena alargó la mano...

— Aquí tenemos el mismo orden de ideas que en las tarjetas, repuso suavemente la suegra. Ya no eres la señorita de Bois Saint-Marcel, sino la señora Le Clercq. Y esta clase de caprichos se tendrán por ridículos; conozco mejor que tú el modo de pensar de la gente de Montpazier. Todos creerían que es un escudo de fantasía... Se necesita ser un Montmorency, un Rohán ó un La Rochefoucault para permitirse ostentar blasones; de lo contrario se inspira cierta burlona desconfianza. Hasta la vista, mi linda nuera.

Cuando María Magdalena se quedó sola, apretó con fuerza sus dos manos una contra otra, moduló un «¡oh!» que expresaba claramente una porción de sensaciones desagradables, y empezó un vals rabioso alrededor del salón.

Este modo animado de distenderse los nervios le impidió oír anunciar una visita con la cual se encontró de pronto frente á frente. Paró en redondo, muy confusa; mas conociendo al recién llegado, le alargó la mano sonriendo:

— ¡Ah..., Sr. Darlot..., por fortuna es usted!.. Si otro cualquiera me hubiera visto valsando...

— Es verdad, eso no es muy correcto.

Sentáronse en un canapé situado bajo un grupo de palmeras.

El recién llegado era hombre de aventajada estatura, de cara inteligente y de verdadera distinción.

Renato Darlot era un ocioso; un ingenio cultivado, de rara delicadeza de ideas, aficionado á las cosas de arte y que pasaba una vida aburrida por una especie de pereza en sobreponerse á los disgustos íntimos que había tenido. Muchos años antes perdió una hermana más joven que él y á la que amaba tiernamente. Esta desgracia le anonadó: después vivió con la mayor apatía, y sólo le animaban de vez en cuando las cuestiones de estética.

Por lo regular tenía una actitud indiferente; hablaba poco, pero sus frases incisivas y axiomáticas no tenían nada de triviales. Con una sola palabra sabía caracterizar cosas y personas.

Pasaba los meses de invierno en París, el verano en Montpazier, en una pequeña quinta construída á la orilla del río, en otro tiempo pintoresco y ahora desfigurado por todas las fábricas instaladas en sus riberas.

Había conocido á María Magdalena en París, y á veces pensaba que si no hubiera renunciado definitivamente á vivir para sí mismo, á crearse una familia, habría escogido á aquella joven animada, graciosa, refinada... y buena; mas aun cuando no tenía cuarenta años se consideraba ya acabado, gastado, envejecido, centenario. Creíase ya un antepasado; la vida no podía ya proporcionarle más que tristezas, y siendo esto así, ¿á qué proyectar la sombra de su precoz ancianidad sobre aquella mañana de mayo, sobre ese rayo de la aurora que era el alma de María Magdalena?

Ésta le recordaba algo la hermana que había perdido. Muchacha ligera y de carácter voluble, tenía alegres risas en las que parecía ver revivir á la otra, y también sus muecas de contrariedad, seguidas de reflexiones excéntricas sobre las personas que la fastidiaban. Este parecido se la hizo querida; la trataba como á una muchacha á la que se ha conocido desde muy niña; no se abstenía de hacerla observaciones burlonas que la picaban vivamente y que ella olvidaba en seguida.

Por lo demás, visitaba asiduamente la casa del doctor de Bois Saint-Marcel, el más amable, el más

parisiense y el más conocido médico de señoras.

Con inagotable complacencia el doctor llevaba á su hija á las reuniones casi todas las noches. Estaba orgulloso de su belleza y tenía la confianza más completa en sus buenos principios, porque invariablemente la dejaba sola toda la velada sin preocuparse de lo que pudiera decir ó hacer. Y María Magdalena, que á veces tenía ocurrencias de chiquilla mimada, decía:

— Tengo un padre poco molesto; le recojo en el guardarropa al mismo tiempo que mi abrigo...

Muchas veces, Darlot hizo uso de la positiva influencia que ejercía en el ánimo de su amiga para cortar de raíz galanteos que le parecían peligrosos. Una palabra acerada, que ponía en evidencia alguna imperfección del galanteador, bastaba por lo general, porque ella tenía un miedo terrible al ridículo.

Supo con sentimiento que iba á casarse con Roberto Le Clercq, y como tenía bastante confianza con el doctor para darle á conocer su pensamiento, no se lo ocultó.

— Pero ¿qué tiene usted que objetar? La posición y la edad de Roberto son convenientes para mi hija...

Hasta la fortuna era inesperada, pues los Bois Saint-Marcel no tenían nada. Su modo de vivir era uno de esos problemas parisienses planteados en estos términos: Vida de sociedad sin un céntimo...

Desde este punto de vista, Roberto daba pruebas de desinterés casándose con una mujer sin dote. Acababa de terminar su carrera de leyes en París, donde conoció á su novia. Era hombre formal, de expresión reservada, al que no se habría creído capaz de dejarse arrastrar por su corazón..., y Darlot se maravilló de que la gracia espontánea y juvenil de María Magdalena pudiera ejercer influjo en semejanza natural.

— ¡Es tan poco razonable!, dijo.

— Muy cierto; pero va á encontrarse bajo la dirección de Mad. Le Clercq, la madre de Roberto.

— Sí..., vivirán en la misma ciudad... ¡Ah! Otra objeción. ¿Qué hará María Magdalena lejos de París y de la vida que tanto le gusta?

— Pronto se acostumbrará... Y allí tendrá una casa admirable... Mad. Le Clercq posee un hotel construído en el siglo XVIII que es una maravilla... Usted, que es tan aficionado á lo bello, no dejará de verlo. Hay entrepaños y frisos pintados por Boucher, techos de Ranson, muebles, tapices...

Darlot interrumpió con impaciencia:

— Sí..., pero ¿y María Magdalena?

— Vivirá con su marido en el primer piso del hotel: Mad. Le Clercq se reserva la planta baja.

— ¡Vivirá con su suegra!, replicó Darlot consternado.

— Precisamente con su suegra, no; en el piso de encima, lo cual es diferente. Supongo que no se figurará usted que yo vivo con el bolsista que ocupa el entresuelo de esta casa... Ni siquiera le saludo. Ya ve usted que se puede vivir bajo el mismo techo sin molestarse mutuamente.

— Pero en provincias es muy distinto.

— Además, Mad. Le Clercq es una señora excelente, de bondad notoria.

— Sí, lo he oído decir...

— Entonces ahorrará á mi hija el trajín de tener que arreglar la casa. La quiere mucho y le hace continuos regalos. Estoy seguro de que será muy débil con ella.

Renato Darlot se retoreó el bigote con aire perplejo y poco convencido, y el doctor, renunciando á prodigar en vano su elocuencia, añadió:

— Además, un día ú otro había de casarse. ¿Cree usted que es agradable guardar á una joven de veinte años, demasiado bonita?... Yo no he nacido para desempeñar el papel de ángel custodio; no sirvo para ello... ¡Qué contento estoy de poder recobrar un poco de libertad! No tengo cuarenta y cinco años, ¿sabe usted?..

Y era verdad, porque tenía diez años más; pero se conservaba bien; tenía el pelo negro, la mirada viva, los dientes blancos, el porte elegante, y podía calificarse de más joven que muchos jóvenes modernos.

Darlot dejó la discusión, pero conservó su íntimo presentimiento de la desgracia futura de María Magdalena. Era un hombre original: marchóse en seguida á Amberes con el pretexto de ir á estudiar las obras de Rubens, y prolongó su ausencia hasta aquel día en que volvía á ver á su amiga, tan tranquilamente como si se hubiese separado de ella la víspera...

Acostumbrada á su modo de proceder, no pareció sorprenderse al verle; á veces desaparecía por espacio de muchas semanas durante las cuales se le veía de cuando en cuando en el teatro ó en algún museo. En tales momentos huía de sus amigos, volvía la

cabeza por no verlos; y luego reaparecía sin más explicación, recobrando su intimidad en el punto en que la había dejado.

Sentóse junto á Magdalena, y mirándola con aire escudriñador, conoció que había sufrido alguna contrariedad; pero sabía que era muy diplomática, refractaria á toda inquisición y capaz de ocultar muy bien sus sentimientos.

No hizo ninguna pregunta... Sus miradas vagaron alrededor de la habitación.

— Es bonito este salón... ¡Ah! Esos son los famosos frisos de Boucher, según decía el doctor. ¡Jamás! No son más que copias bastante buenas. He ahí un enmaderamiento esculpido de bastante buen estilo... Y esos amorcillos mofletudos, en el techo, son muy graciosos... Esto trasciende á siglo XVIII..., los sillones son notables. Y usted, querida señora, también es notable; está usted en pleno estilo dominante; tiene usted el aire de un pastel de Rosalba...

María Magdalena se sonrió..., le gustaban los cumplidos.

— ¿Me llama usted querida señora?

— Claro está: el casamiento le ha dado á usted un aspecto digno y respetable que no permite llamarla María Magdalena simplemente. ¡Hola! ¿Qué es esto?

Acababa de ver la profusión de chucherías esparcidas por la chimenea... Cogió un mono pintado que tocaba la guitarra, lo examinó detenidamente, y dijo:

— ¡Horrible! ¿Es usted la que tiene este gusto?

— Sí, yo, contestó la joven con despecho. ¿No le parece á usted bien?

Darlot levantó el dedo con aire severo.

— Hay que tirar todo esto... Es deshonesto para el salón de estilo rococo donde tiene usted el honor de figurar en este momento. Los amores del techo acabarán por dejarse caer ahí encima para romperlo todo. ¡Oh!.. Esos falsos jarrones de Sajonia, esas flores de porcelana, ese sencillo canastillo de filigrana... ¡Uf! María Magdalena, sonrojese usted.

— Sr. Darlot, es usted poco cortés.

— María Magdalena, carece usted de sentido artístico... Su alma de usted está cerrada á las bellas formas... La he visto bostezar oyendo leer el *Rey Lear*. ¡Ah! ¡Qué bonito abanico!

— Me lo acaba de regalar mi suegra.

Darlot levantó la vista.

— Tiene atenciones raras con usted... Este objeto es precioso. Pero no veo por aquí la cajita que ofrecí á usted y de la que hizo usted una bombonera...

— Me la ha quitado mi suegra.

— ¡Ah! ¿Cambian ustedes los regalos?

— Mad. Le Clercq se la ha quedado porque estaba pintado en ella mi escudo; parece que aquí es una cosa ridícula.

— ¿Y á usted qué le parece, señora?

— Nada. No tenía nada que decir. Sólo que no puedo hacer á Mad. Le Clercq el sacrificio de lo que tengo en más aprecio..., esto es, la prueba de que no somos gente del pueblo, y que remontando á tres ó cuatro generaciones, no se encontrará en nuestra ascendencia ningún tejedor, ó herrero ó constructor de zuecos.

— ¡Dios y Rey! Eso es lo hermoso... Tiene usted el deber de estar orgullosa de su raza. Este sentimiento es el único algo estético que reconozco en usted. En el hecho de poseer escudo propio, adornado de figuras extrañas, incomprensibles para los profanos, hay algo de embriagador, á lo que presumo. Se siente uno muy por encima del vulgo: se experimenta el mismo sentimiento que produce la superioridad de talento, de inteligencia y de espíritu. Esta superioridad, si es heredada, es injusta, debida á la casualidad, y con frecuencia va á parar á imbéciles. Es porque sí. Y tanto más envidiable cuanto que nada hay que pueda darla á quien no la tiene.

La joven le miraba con aire pensativo jugando con los flecos de cuentas de su corpiño. Agradábale el modo extraño que tenía de hablar y del cual no deducía las más de las veces si era de burlas ó de veras.

— ¿Conque está usted decidida á la resistencia acerca de este punto?, le preguntó Darlot.

— Sí, contestó María Magdalena con firmeza. En cuanto á lo demás, tendré siempre una satisfacción en complacer á Mad. Le Clercq, que es amable y buena.

— Pero eso ¿es verdad?

— Sí. Me demuestra una solicitud que me conmueve. Carece de esa envidia acrimoniosa de las suegras que hacen pasar á sus hijos una vida insostenible. Esta no turbará nuestra paz. Siempre está pensando en complacerme como si yo fuera hija suya, y hasta ha organizado mi casa; me hace tantos regalos que me confunde; verá usted unas alhajas antiguas, muy

curiosas, que me ha dado... Sin ir más lejos, mire usted esta sortija...

- ¡Oh..., soberbia!, dijo Darlot entusiasmado. Una entalla antigua de toda belleza.

Mientras admiraba la sortija, María Magdalena continuaba diciendo:

- Gracias á su intervención aprendo á montar á caballo. Ya sabe usted lo mucho que lo he deseado siempre; pero en París no teníamos caballos... Roberto se resistía; Mad. Le Clercq lo ha convencido.

- ¿No ha bastado la influencia de usted?

- No me habría atrevido á insistir... Hace muy poco tiempo que estoy casada..., apenas conozco á Roberto..., es tan grave, tan reservado, que á la verdad, no me atrevo.

Darlot devolvió la sortija mirando á María Magdalena con seriedad... Dejó decaer la conversación; volvió á mirar en torno suyo con aire distraído, hasta que fijó la vista en una acuarela colgada de la pared.

- Una marina..., ¡oh, oh!..., muy interesante, un color asombroso; y el artista que ha hecho eso sabe dibujar. ¿Quién la firma? Lucy Hartley...

- Sí, una amiga mía, miss

Lucy Hartley; una inglesa, bonita como todas las inglesas cuando no son de una fealdad cómica... Usted no conoce á Lucy, pero le he hablado de ella muchas veces. Es una joven original: se ha trazado el plan de vida más inteligente. Viaja mucho; vive sola, aunque tiene una caterva de hermanos y de hermanas que por su parte se arreglan como les conviene... En Inglaterra se tiene formada una idea muy extraña de la familia...

- Admiro á la raza inglesa, dijo Darlot que había descolgado la acuarela y la examinaba junto á la ventana. Esa gente tiene algunas virtudes de primer orden que la harán sobreponerse á las otras razas. Ante todo, un gran respeto á la

- Lucy tiene todas las cualidades de que habla usted. Muy celosa de su libertad de acción, no estorba en nada la de los demás... Se basta á sí misma,

buena Mad. Jacob. ¿Sigue en casa de su padre de usted?

- No. Cuando me casé se retiró.

- Mad. Jacob es una anciana excelente, cortés y distinguida, de una nulidad apacible muy notable... Ella es la que la ha inculcado á usted su extremada finura, esa igualdad de humor, la afición á los cestitos de filigrana, y la ciencia de peinarse y vestirse como mejor sienta á la fisonomía de usted... Le debe usted mucho. ¿Y miss Hartley, le gustaba?

- ¡Oh, no! La franqueza de Lucy le parecía brutalidad; reprobaba en absoluto esa existencia excéntrica y vagabunda, de artista, emancipada de la familia...

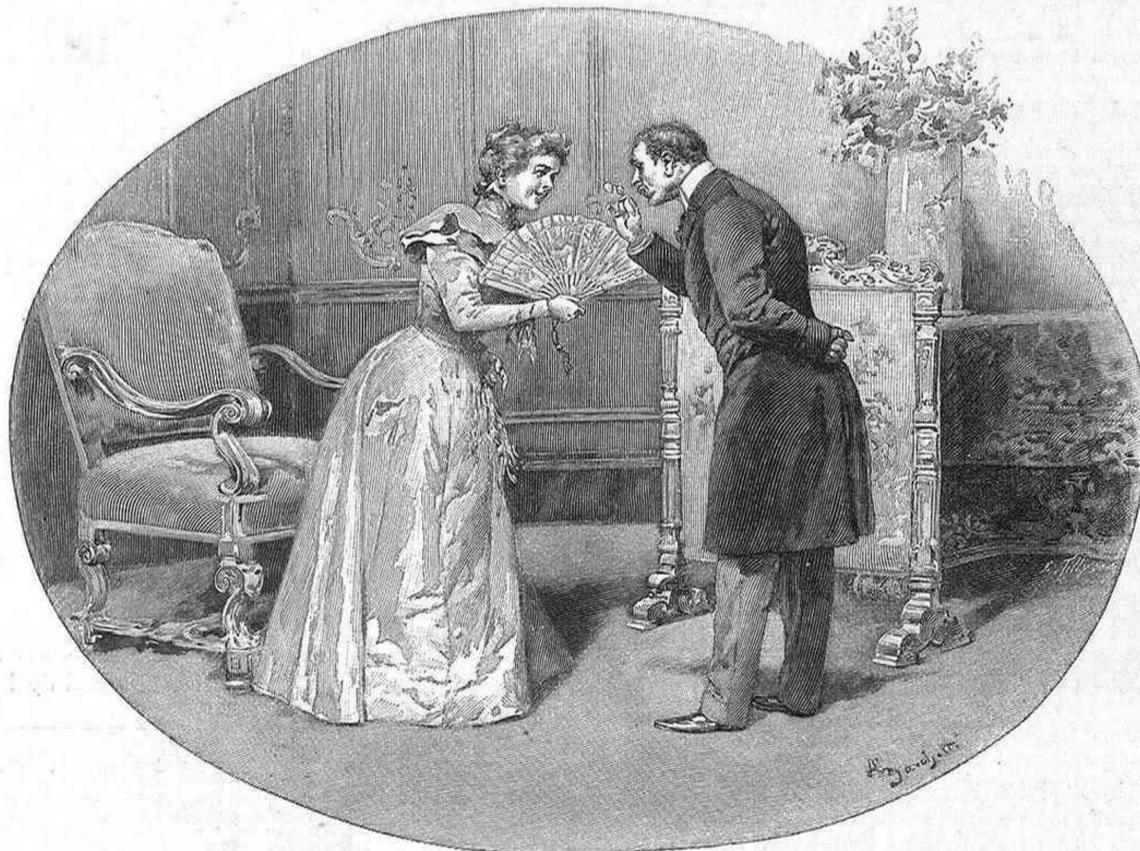
- Esa amiga me interesa.

- Tal vez la vea usted. Me ha escrito cuando me casé hace dos meses. Tenía el proyecto de venir á pasar algún tiempo á Bretaña, á una aldea de pescadores que vió hace años durante una excursión y de la que ha conservado recuerdo. Se llama Tregastel; quiere pintar allí un gran cuadro... Cuando venga á Bretaña, pediré á Roberto autorización para invitarla á pasar unos días con nosotros.

Renato Darlot cogió un libro que había en una consola.

- ¡Ah! Musset... ¿Le parece á usted que leamos un poco, como en otro tiempo, cuando no era usted todavía la señora Roberto Le Clercq, sino la pequeña María Mad, y bajo el ojo vigilante y severo de Mad. Jacob, le iniciaba á usted en las *Meditaciones poéticas* de Lamartine? La buena señora no habría tolerado poesía más picante. ¡Hola! *Namouna*. Oiga usted; está escrito por un joven; lo que me gusta en Musset, es que fué joven... Ahora todo el mundo es cacoquímico y escéptico al dejar los pañales.

María Magdalena se sentó graciosamente en un sillón, cogió el abanico regalado por su suegra, á fin de distraerse con algo que no



¡Ah! ¡Qué bonito abanico!

puesto que vive sola... Está dotada de una voluntad tranquila y reflexiva en la que nada hace mella; la admiro y me reconozco muy pequeña á su lado... ¡Tengo yo tan poca obstinación! Nos queremos tal vez por el contraste que hay entre nosotras. Es muy artista; ya ve usted cómo pinta. Muchas veces me ha echado usted en cara que yo no comprendo nada de lo bello; pero ella se atreve á discutir una opinión y combatir sin tregua, pero con calma... Yo no ten-



Magdalena se sentó graciosamente en un sillón... y Darlot comenzó la lectura con tono cadencioso

libertad individual; luego, la costumbre de contar consigo mismo solamente en todas las circunstancias de la vida. Eso es lo que temple los caracteres.

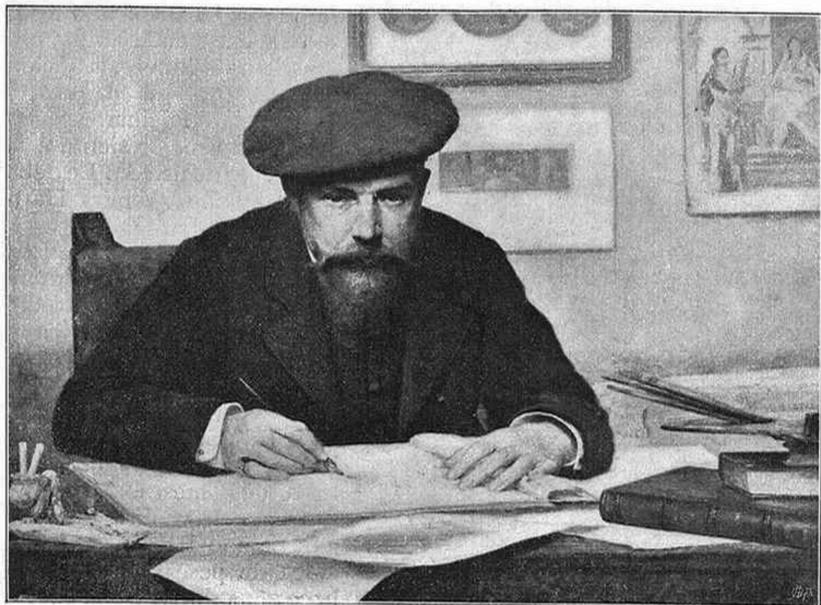
go ningún valor, no me gusta contradecir y cedo en seguida...
- Usted es una joven muy bien criada por esa

fuera la poesía, y Darlot comenzó la lectura con tono cadencioso.

(Continuará)

EDMUNDO VAN HOVE

Si el medio en que se vive ejerce poderoso influjo en las ideas, lícito ha de sernos afirmar que Brujas, impregnada de ese sentimiento medioeval que se manifiesta lo mismo en sus severos templos que en



RETRATO DEL PINTOR EDMUNDO VAN HOVE, PINTADO POR ÉL MISMO

sus poéticas callejuelas, hubo de impresionar hondamente al meritísimo Edmundo Van Hove en sus juveniles años, en los comienzos de su carrera artística. El temperamento del maestro flamenco fué elemento dispuesto para asimilarse tendencias y tradiciones que tan admirablemente se armonizaban con el sentimiento de que se hallaba saturado su espíritu.

Las producciones de Van Eyck y Memling, de Peter Cristus, Van Oost, Claeissens y tantos otros dignísimos representantes de la escuela flamenca, brillaban ante los admirados ojos de Van Hove como luminosos astros en el purísimo cielo del arte. De ahí el carácter especialísimo de sus obras.

Sus compatriotas apellídanle el Menzel flamenco, y si bien entendemos que el calificativo significa, más que un medio de comparación, un testimonio de concepto respetuoso, creemos que mejor podría cuadrarle el de Van Eyck moderno, puesto que, en la mayor parte de sus obras, obsérvase la influencia que en él ha ejercido la escuela del celebrado pintor.



UN SABIO, cuadro de E. Van Hove

Nacido en 1857, recibió sus primeras enseñanzas en la Escuela de Bellas Artes de Brujas, y si bien trató de completar sus estudios en París, pronto abandonó la capital de la vecina nación para consagrarse por completo al arte de su país. A semejanza de los grandes maestros flamencos, distínguense las obras de Van Hove por su marcado sabor religioso y filosófico, y, como en aquéllas, es causa de sorpresa la fidelidad, el respeto que le inspira la belleza de la forma y la minuciosidad en la ejecución, llevada al extremo de poder casi contarse los cabellos de sus figuras. Hay que advertir, sin embargo, que sus composiciones no resultan tan frías como las del período gótico; que las figuras, si bien inspiradas en la tradición de la escuela, apártanse de la rigidez de la línea,

y que el artista procura y ha realizado el difícil problema de asimilar el arte moderno a los cánones del período gótico. Basta fijar la atención en las bellas representaciones de la Virgen, tema predilecto del artista, para comprender la extensión de nuestras apreciaciones. Así como algunos pintores contemporáneos esfuéranse en representar escenas del Nuevo Testamento, modernizándolas de tal suerte que desaparece la impresión que los aditamentos arcaicos producen, Van Hove las avalora con la suma de elementos de que puede hoy disponer el artista. Coloca las sagradas figuras, viven la Madre para el Hijo, el uno para el otro, indiferentes para el mundo exterior, a la inversa de las representaciones de otras épocas, en las cuales se nota la preparación y la ausencia absoluta de lo imprevisto.

Difícil nos sería, dado el limitado espacio de que podemos disponer, enumerar las obras capitales de Van Hove. Tan genial como laborioso, tan hábil como modesto, cuéntanse en igual número que sus triunfos. Sus compatriotas considéranle como una de las glorias del arte contemporáneo, y creemos con ellos que es justificado el concepto. La característica de sus producciones puede expresarse en la siguiente forma. Conjunción agradabilísima de poesía y de delicado naturalismo; verdad y sentimiento.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que siempre rinde tributo al mérito, dedica al pintor flamenco, cuyo recuerdo irá unido en lo porvenir con el de los primeros maestros de su país, por medio de estas líneas, un testimonio de calurosa admiración.

A. GARCÍA LLANSÓ

**

LA LUNA

Y LA CORTA DE LOS ÁRBOLES

Es indiscutible que las maderas cortadas en invierno se conservan muchísimo mejor que las cortadas ó aserradas en verano, y la razón de ello es muy sencilla: la savia es el elemento corruptor del árbol; nada se descompone tan rápidamente. Ahora bien: en verano los árboles están repletos de savia, y por consiguiente una vez embebidos será más probable que se alteren cuando se los corte. En invierno la savia está muy reducida, y por tanto las probabilidades de conservación alcanzarán su grado máximo. De modo que es preciso efectuar las cortas en enero y febrero, antes de que la vida vegetal ponga la savia en movimiento.

Todo esto es lógico y notorio; pero hay, además, quienes pretenden que también la luna, como el sol, desempeña su papel en este asunto. Según la tradición, conviene cortar los árboles cuando la luna se halla en su período menguante; esta afirmación, sin embargo, no tiene sentido común en nuestras regiones, porque desde el momento en que se conviene en que los árboles deben cortarse en invierno, precisamente por la falta de savia, la luna no podrá obrar, durante los tiempos fríos, de ninguna manera sobre un líquido ausente.

La influencia de la luna, en nuestros climas, es nula y no resiste al más ligero examen, y de aquí que todos los que de esta materia entienden se sonrían cuando se habla delante de ellos de la influencia del astro de la noche.

Pero la cosa varía de aspecto cuando se trata de la zona tropical, en donde no existe el invierno. La savia de los árboles circula allí en abundancia; los bosques vírgenes tienen siempre un color verde oscuro, que atestigia la actividad de la vegetación. Pues bien: la luz es un excitante enérgico del crecimiento de los árboles y de la circulación de la savia. La luna nos transmite los rayos solares y su luz puede ejercer cierta acción sobre los vegetales. Varios experimentos hechos por nosotros en el Ecuador parecen confirmar la acción de nuestro satélite sobre las plantas.

Estos experimentos consistieron en sembrar varias semillas durante el plenilunio y el novilunio en un mismo terreno: todas las semillas sembradas en el período de luna nueva produjeron hojitas que se desarrollaron más rápidamente que las plantadas en el de luna llena; el crecimiento de aquéllas fué mucho mayor que el de éstas. Pues bien: las primeras salieron a tiempo para recibir las radiaciones lunares, al paso que las segundas, cuando hubieron germinado, continuaron vegetando en la obscuridad. Como este hecho se repitió muchas veces, necesariamente ha debido deducirse de él que la luz de la luna, ya que no otra causa, ejerce también influencia sobre el desarrollo de los vegetales.

¿Acaso no está probado que esa luz ejerce una acción sobre los cortinajes y tapices y que destruye ciertos colores?

Por la misma razón es de presumir que la circulación de la savia de los árboles de hojas es activada por la luz lunar, y que, por consiguiente, no es bueno cortar los árboles durante el período de luna menguante.

En una memoria recientemente leída en el *American Institute of Mining Engineers*, por M. E. R. Woakes, de Panamá, encontramos una confirmación de estos puntos de vista conformes con las antiguas tradiciones.

M. Woakes hace notar en su trabajo que su país está completamente cubierto de bosques, pero que apenas la mitad de los árboles pueden dar madera



MATER AMABILIS, cuadro de E. Van Hove

de construcción y que una cuarta parte de ellos ni siquiera sirve para leña. «A menos — dice — de que se corten los árboles en el cuarto menguante de la luna, la madera empieza a pudrirse poco después de cortada, lo cual se debe probablemente a la rápida fermentación de la savia, que es de presumir que circula en mayor abundancia cuando la luna mengua. Esta afirmación — añade M. Woakes — hará reír a mis compañeros; y sin embargo, basta hacer algunos experimentos que contestarán claramente y sin dejar la menor duda en el ánimo de los que con más prevención miren el asunto. Los leñadores americanos que han ido a Colombia y que al principio no querían escuchar a las gentes del país, han tenido que reconocer después que casi todas las maderas que habían vendido para instalar aparatos de trituración de minerales estaban podridas antes de que pudieran ser utilizadas.»

Indudablemente la demostración completa de tales hechos no se ha verificado todavía, debiendo procederse en estas materias con gran cuidado; pero tampoco hay que rechazar demasiado pronto las antiguas tradiciones que pueden tener un fondo de verdad.

Los hechos, después de todo, valen según el modo como se interpretan.

ENRIQUE DE PARVILLE

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LOS ESTUARDOS, por *Alejandro Dumas*. — Sobradamente conocidas y reputadas son las obras de Dumas para que hayamos de hacer el elogio de esta que correctamente traducida acaba de publicar el editor barcelonés D. Luis Tasso: trata en ella de la infortunada reina escocesa María Estuardo, cuya interesante historia describe en la forma novelesca que tanta fama

ha conquistado á los libros de índole análoga del ilustre autor francés. *Los Estuardos* forma parte de la Nueva Biblioteca y se vende á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado.

LAS TRUFAS, LAS SETAS, LOS ESPÁRRAGOS Y LAS FRE-SAS, por *D. Enrique de Bellpuig*. — El conocido editor barcelonés Sr. Sauri, que tantos servicios ha prestado con sus notables producciones á la industria y á la agricultura, ha aumentado su numerosa biblioteca con esta importante obra que trata de las formas de cultivo de esos cuatro vegetales, fuente de inestimable riqueza para los países que dedican á ellos los cui-

dados necesarios, estudiando su naturaleza, sus propiedades, su historia, sus variedades, su producción, la elección de semillas, los procedimientos de cultivo natural y artificial, su recolección, su conservación y el comercio que con ellos puede hacerse. Todas estas materias están expuestas con gran método y claridad, en forma sencilla, tal como conviene á trabajos de esta índole: el Sr. Bellpuig ha sabido poner sus vastos conocimientos al alcance de todo el mundo y por ello es digno de elogio. El libro se vende á 2'50 pesetas en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales librerías.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ACRITUD DE LA SANGRE
BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre. Herpes. Acne. El MISMO al Yoduro de Potasio. TRATAMIENTO Complementario del ASMA Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis. 102, Rue Richelieu; Paris. Todas Farmacias del Extranjero.

EL APIOL de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1856 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1857 1872 1873 1876 1878 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT VINO • de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

LA **HARINA MALTEADA VIAL**
AUTODIGESTIVA
es la única que se digiere por sí sola.
Recomendada para los NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE, así como durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente. PARIS, 8, Rue Vivienne, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor exito
El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. **G GÉLIS & CONTÉ** Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Grageas al Lactato de Hierro de G GÉLIS & CONTÉ HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar SOBERANO contra **ASMA** CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias. 30 AÑOS DE BUEN ÉXITO MEDALLAS ORO y PLATA. MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^{an} Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas. Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Un alto, cuadro de Cusachs y Valcells (Exposición Robira, Escudillers)

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
 LAS DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE LOS JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
 lo que sucede con los demas purgantes, este no
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
 comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
 ciones. Como el cansancio que la purga
 ocasiona queda completamente anulado por
 el efecto de la buena alimentacion
 empleada, uno se decide fácilmente
 á volver á empezar cuantas
 veces sea necesario.*

PANCREATINA
DEFRESNE
 POLVO PILDORAS

Adoptada por la Armada
 y los Hospitales de Paris.

DIGESTIVO el más poderoso
 el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa,
 el pan y los feculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones
 del estómago y facilita siempre la digestión.
 En todas las buenas Farmacias de España.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, en PARIS
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curada por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base
 de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
 prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de
 carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el
 hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda,**
Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN